

CUADERNOS DE LA FACULTAD DE ESTUDIOS GENERALES
Serie D ÷ Departamento de Ciencias Sociales ÷ Núm. 2

**NUEVA VISION DE LA SOCIEDAD
(Selección)**

Robert Owen



Oficina de Publicaciones de Estudios Generales

1961

NUEVA VISION DE LA SOCIEDAD
(Selección)

Robert Owen



Oficina de Publicaciones de Estudios Generales

1961



NUEVA VISION DE LA SOCIEDAD

Robert Owen

Robert Owen (1771-1858) nació en Gales, Gran Bretaña. Luego de varios años de aprendiz en la producción de textiles, se hizo de una pequeña fábrica dedicada a la producción de telas y en la cual se utilizaba la nueva maquinaria industrial de la época. Se convirtió rápidamente en un gran industrial y en 1799 él y otros inversionistas compraron la famosa fábrica de New Lanark que se menciona en la Nueva Visión de la Sociedad. Los co-inversionistas frecuentemente se disgustaron con Owen, aún cuando la fábrica tuvo mucho éxito, y varias veces él tuvo que buscar a otros interesados que invirtieran en la fábrica. Uno de ellos fue Jeremy Bentham, filósofo inglés y precursor de John Stuart Mill en el utilitarismo.

En 1813 Owen había escrito su Nueva Visión de la Sociedad. Más tarde buscó cambiar las leyes que gobernaban las industrias y el trabajo, pero este esfuerzo fracasó malamente. En 1820 empezó a propulsar la idea de un cambio más radical en el orden social como única solución a los males de la época. Además, propulsó la idea de comunidades cooperativas, pero como halló poco interés por sus ideas entre las clases gobernantes inglesas, decidió establecer una colonia cooperativa en Estados Unidos. Este plan lo llevó a cabo en 1825, en New Harmony, Indiana, pero fracasó a los pocos años, y se volvió a Inglaterra con el fin de continuar la propagación de sus ideas.

Sus propuestas tuvieron gran éxito entre grupos obreros y muy pronto se convirtió en dirigente de un gran movimiento obrero que buscaba cambiar la sociedad y establecer el cooperativismo como forma de organización económica. El movimiento fracasó, en parte como resultado de varias disputas dentro de la organización misma, pero también debido a la intervención por parte del gobierno en contra del grupo obrero. La organización quedó disuelta en 1834 y Owen dedicó el resto de su vida a la prédica de sus ideas, sin tomar parte activa en ningún movimiento.

Junto a Saint Simon, Fourier y otros, Owen fué uno de los originadores del socialismo. La tesis central de Owen--de que el carácter del hombre está hecho, en gran medida, por la sociedad en que vive--fué adoptada por Karl Marx como uno de los fundamentos de su obra, aún cuando Marx criticó el socialismo de Owen como utópico.

Roberto Owen

NUEVA VISION DE LA SOCIEDAD

(Selección)

Traducción de José Arsenio Torres

A SU ALTEZA REAL EL PRINCIPE REGENTE DEL
IMPERIO BRITANICO

Señor:

Las siguientes páginas no están dedicadas a Su Alteza Real con la intención de sumarlas al halago que ha sido generalmente dispensado a aquellos de nuestros conciudadanos que han desempeñado funciones elevadas, sino con el propósito de recabar su protección, ya que proceden de un súbdito del imperio que preside Su Alteza Real, y que desatiende toda otra consideración inferior en aras del mayor bien práctico para ese imperio.

Su Alteza Real, así como todos los que gobiernan las naciones del mundo, deben estar conscientes de que, tanto los de elevado rango, como los que ocupan situaciones inferiores en la vida, sufren actualmente mucha miseria.

Estos *Ensayos* han sido escritos para demostrar que el origen de tal miseria puede remitirse a la ignorancia de gobernantes y gobernados; para hacer que esa ignorancia sea conocida y evidente a todos; y para bosquejar el esquema de

un plan práctico, totalmente basado en un sistema preventivo, y derivado de principios directamente opuestos a los errores de nuestros antecesores. Si los esquemas aquí bosquejados se instrumentaran en un sistema legislativo, y se observarían sin desviación alguna, podrían anticiparse los más importantes beneficios, no sólo para los súbditos de estos reinos, sino para toda la raza humana.

A Su Alteza Real y a aquellos que dirigen la política de otras naciones se les ha enseñado que tienen deberes que ejecutar; deberes que, aún con la mayor habilidad y las mejores intenciones, no pueden cumplirse bajo el actual sistema de errores.

De ahí la insatisfacción de aquellos para cuyo beneficio se establecieron, o debieron haberse establecido los gobiernos, y la perplejidad y el peligro en que se encuentran los gobernantes.

Se concluye en estos *Ensayos*, con una confianza igual a la certeza misma, que los principios en ellos desarrollados son adecuados a la creación de una práctica que, sin mucho cambio aparente ni mucho desorden público, podría eliminar progresivamente las dificultades de aquellos que tengan que gobernar en el futuro, así como el descontento de aquellos que hayan de ser gobernados.

El lenguaje en que ahora me dirijo a Su Alteza Real es el producto de una observación paciente y de una extensa experiencia de la naturaleza humana; pero no como ésta está explicada en legendarios relatos de antaño, sino como puede leerse ahora mismo en el ser viviente--en las palabras y acciones de aquellos entre los cuales vivimos.

Es cierto que un gran número de seres humanos han sido engañados a pesar de haber tratado concienzudamente de evitarlo; podría decirse ahora que probablemente uno más se está sumando a ese número; no es menos cierto, sin embargo, que un lenguaje similar se le ha aplicado a muchos, y podría habersele aplicado a todos los que han sido instrumento de mejoras beneficiosas.

También podría decirse que los principios aquí propuestos, como todas las teorías anteriores que han extraviado a la humanidad pueden, no obstante, originarse en un error, en

la fantasía loca y pervertida de un entusiasta lleno de buenas intenciones. Sin embargo, tales principios han sido no solamente sometidos a la consideración de algunas de las mentes más inteligentes y agudas de nuestro tiempo, las cuales, aunque se les ha pedido que las señalen, han declarado cándidamente que no han podido hallar falacia alguna en las inducciones, sino que son de tal naturaleza que muy pocos, si alguno, osarían negarlos, o declarar francamente que los han aceptado.

Si se demostrara que estos principios están de acuerdo con cuanto dato nos es accesible en la situación actual de la experiencia humana, muy pronto probarán ser de un valor sustancial y permanente, más allá de cualquier otro descubrimiento que se haya hecho hasta la fecha.

No obstante la grandeza de las ventajas a obtenerse, la introducción de principios y prácticas tan novedosas, de ser malentendidas, podría crear un desasosiego temporero.

Para evitar la posibilidad de tal alarma, invitamos a los líderes de todas las sectas y partidos a ponderar estos principios, y a que traten de encontrar algún error en ellos, o algún mal en las consecuencias que resultarían de su realización práctica.

El estímulo necesario a tan justa discusión y razonable, examen, es todo lo que por ahora se solicita de Su Alteza Real.

Si esa discusión y examen probaran que los principios propuestos son erróneos, estos quedarían, como deben quedar para el bien público, universalmente condenados. Si, por el contrario, resistieran la prueba de la investigación a que han sido sometidos, y se determinara que, sin excepción alguna, son universalmente consistentes con todos los hechos conocidos de la creación, y por tanto correctos, en tal caso, bajo los auspicios de la administración de Su Alteza Real, la humanidad naturalmente esperará el establecimiento de un sistema tal en la administración de los asuntos públicos, que introduzca y perpetúe ventajas de tan eminente importancia.

Que estos principios, de ser correctos, puedan producir las medidas que ellos inmediatamente recomiendan; y que

Su Alteza Real y los Súbditos de estos Reinos, y los Gobernantes y sus Súbditos de todos los otros Reinos, puedan gozar en nuestro propio tiempo de sus ventajas en la práctica, es el deseo sincero de este fiel Servidor de su Alteza Real.

EL AUTOR

PRIMER ENSAYO

SOBRE

LA FORMACION DEL CARACTER

"A una comunidad cualquiera, y aún al mundo en general, puede imprimirse cualquier carácter, desde el mejor hasta el peor, desde el más ignorante hasta el más ilustrado mediante la aplicación de medios adecuados; medios estos que están al alcance y bajo el control de aquellos que tienen influencia en la administración de los asuntos humanos."



AL PUBLICO BRITANICO

Amigos y Conciudadanos:

Me dirijo a ustedes porque sus intereses más esenciales y primarios están profundamente envueltos en las materias tratadas en los *Ensayos* que siguen.

Encontrarán en ellos descripciones de males existentes y remedios para ellos; pero como esos males provienen de los errores de nuestros antecesores, tal parece que exigen algo así como veneración de parte de sus sucesores. Por lo tanto, no los atribuyan a ningún individuo del presente; y, por su propio bien, no pretendan su remoción prematura. Los cambios beneficiosos sólo pueden ocurrir mediante planes bien comprendidos y bien ordenados, introducidos con moderación y continuados perseverantemente.

Sin embargo, una vez se haya esclarecido la causa del mal, habremos dado un paso adelante. Procede luego concebir aquel remedio que menos inconveniencia produzca. Descubrir este remedio y ensayar su eficacia práctica ha sido la dedicación de mi vida; y habiendo dado con uno que a la luz de la experiencia es seguro en sus aplicaciones y certero en sus efectos, estoy ansioso de que todos ustedes participen de sus beneficios.

Más, esten satisfechos, plena y completamente satisfechos, de que los principios en que se basa la *Nueva Visión de la*

Sociedad son correctos; de que no encubren ningún error sutil y de que ningún motivo siniestro ha provocado su publicación. Que se investiguen pues, los fundamentos mismos de estos principios. Que se les examine con los ojos de la penetración misma; y que se les compare con cuanto hecho la historia del pasado o la experiencia del presente puedan presentar a nuestra vista. Y para ofrecerles garantía total, que se haga esto en tal forma que no quede la más leve duda o sospecha, a través de procedimientos que a tal efecto hayan sido propuestos o puedan proponerse a vuestras consideración. Pues estos principios resistirán la prueba; y tras de tal investigación y comparación quedarán tan profundamente fijos en vuestro corazón y afecto, que jamás, a no ser por la muerte, podrán ser borrados de sus mentes o las de sus hijos, hasta el fin de los tiempos.

Emprendan sin temor, por tanto, dicha investigación y comparación; no se sobresalten ante dificultades aparentes, más perseveren en el espíritu y en los principios recomendados; pues si se sobreponen con facilidad a esas dificultades, su éxito será seguro, y eventualmente establecerán la felicidad de sus semejantes.

Que su dedicación común e inmediata a esta causa sean el medio de iniciar un nuevo sistema de acción que elimine gradualmente los males innecesarios que afligen la raza humana del presente, es el deseo ardiente de

EL AUTOR

PRIMER ENSAYO*

A juzgar por los últimos informes rendidos bajo el Acta de Población, se ha determinado que las clases pobres y trabajadoras de la Gran Bretaña e Irlanda pasan de doce millones de personas, o sea, casi de las tres cuartas partes de la población de las Islas Británicas.

Se está permitiendo que el carácter de estas personas se forme, en términos generales, sin la adecuada orientación y dirección, y, en muchos casos, bajo circunstancias que directamente les impele a formas de extremado vicio y miseria, constituyéndoles así en los peores y más peligrosos súbditos del imperio, mientras que a la vasta mayoría del restante número de ciudadanos en la comunidad se les educa sobre los más equivocados principios de la naturaleza humana; tanto, que no pueden dejar de producir, a través de toda la sociedad, un tipo de conducta totalmente indigna de su carácter de seres racionales.

Los primeros a quienes se coloca en tal situación desgraciada son los pobres e ignorantes licenciosos de entre la clase trabajadora, a quienes ahora se les *entrena* en la comisión de crímenes, acto por el cual se les *castiga* luego.

* El *Primer Ensayo* se escribió en 1812, y se publicó a principios del 1813. El *Segundo Ensayo* se escribió y se publicó a fines de 1813. Los *Ensayos Tercero y Cuarto* se escribieron para esa misma fecha, y se imprimieron y circularon entre las principales figuras políticas, literarias, y religiosas de Inglaterra y el continente, así como entre los gobiernos de Europa, América, y la India Británica. La primera vez que se imprimieron para la venta fué en julio de 1816.

Los segundos están constituidos por la restante masa de la población, a quienes ahora se *instruye* a *creer*, o a reconocer al menos, que ciertos principios son *infalliblemente correctos*, y a *actuar* como si fuesen evidentemente falsos; difundiendo de esa manera por el mundo la *necedad* y la *inconsistencia*, y haciendo de la sociedad, en todas sus ramificaciones, una escena de insinceridad y contradicción.

El mundo ha continuado en este estado hasta la época presente; sus males han estado y están en continuo aumento, y están exigiendo a viva voz medidas correctivas eficientes, en ausencia de las cuales nos enfrentaremos a un caos general.

"Pero, dicen aquellos que no han investigado el asunto profundamente, se ha tratado repetidamente de aplicar remedios a la situación y sin embargo todos han fracasado. El mal es ahora de una proporción incontrolable; el torrente es ya demasiado fuerte para contenerle; sólo podemos esperar con terror y paciente resignación, y ver cómo su curso depara destrucción, confundiendo todas las distinciones entre el bien y el mal."

Tal es la forma de hablar ahora en boga, y tales los sentimientos que en general abundan sobre esta tan importante cuestión.

Estos sentimientos, sin embargo, de permitirse que continúen, precipitarán las más lamentables consecuencias. En vez de persistir en tal tendencia, el carácter de los legisladores se elevaría infinitamente si, olvidando las contenciones triviales y humillantes de sectas y partidos, investigaran concienzudamente esta cuestión, y trataran de detener y contrarrestar estos formidables males.

La finalidad primordial de estos *Ensayos* es ayudar y estimular investigaciones como éstas, de tan vital importancia para el bienestar de este país y de la sociedad en general.

El enfoque del problema que estoy próximo a ofrecer es el resultado de una extensa experiencia de más de veinte años, tiempo durante el cual su corrección e importancia han quedado demostradas por múltiples experimentos. El autor, para evitar que se le acuse de juicio precipitado o presuntuoso, ha somedito tanto el principio como sus

consecuencias a examen, escrutinio, y enjuiciamiento pleno por parte de algunas mentalidades de las más sabias, inteligentes y competentes de nuestros días, las cuales, en nombre de todo principio de deber así como de interés, de haber encontrado error en cualquiera de esos dos respectos, lo hubieran declarado. Estos, por el contrario, han reconocido justamente su verdad incontrovertible y su importancia práctica.

El autor, por tanto, convencido de la certidumbre de sus principios, prosigue confiado e invita a la más amplia y libre discusión del tema; y esto, por el bien de la humanidad y de sus semejantes, millones de los cuales experimentan sufrimientos que si fueran revelados obligarían a quienes gobiernan el mundo a exclamar: "¿Pueden existir estas cosas sin tener nosotros conocimientos de ellas?" Pero estas cosas existen; y aún las declaraciones angustiosas que llegaron a conocimiento público durante la discusión del problema de la esclavitud negra, no muestran escenas más lastimeras que aquellas que, en varias partes del mundo, surgen diariamente debido a la injusticia de la sociedad consigo misma, y a no darle la humanidad importancia a las circunstancias que incesantemente le rodean, y a la falta de un conocimiento adecuado de la naturaleza humana en aquellos que gobiernan y controlan los asuntos humanos.

Si no existieran estas circunstancias hasta un extremo casi increíble, sería innecesario luchar *ahora* por un principio con respecto al Hombre, que apenas si requiere ser adecuadamente enunciado para que se haga evidente por sí mismo.

Este principio es el siguiente: "A UNA COMUNIDAD CUALQUIERA, Y AUN AL MUNDO EN GENERAL, PUEDE IMPRIMIRSELE CUALQUIER CARACTER, DESDE EL MEJOR HASTA EL PEOR, DESDE EL MAS IGNORANTE HASTA EL MAS ILUSTRADO, MEDIANTE LA APLICACION DE MEDIOS ADECUADOS; MEDIOS ESTOS QUE ESTAN AL ALCANCE Y BAJO EL CONTROL DE AQUELLOS QUE TIENEN INFLUENCIA EN LA ADMINISTRACION DE LOS ASUNTOS HUMANOS".

Tal como se ha enunciado ahora, el principio es muy amplio, y si se determina verdadero, inevitablemente daría

un carácter nuevo a los procesos legislativos, un carácter de naturaleza tal que sería muy favorable al bienestar de la sociedad.

Que este principio es verdadero hasta la última palabra, es evidente a la luz de la experiencia de épocas pasadas, y de cuanto dato existe.

¿Se dará el caso, entonces, de que, desde el principio hasta el labriego, y a través de todas las naciones del mundo, se sufra la miseria más complicada y difundida, y que aún sabiéndose las causas y medios de prevención haya abstención en el uso de estos medios? La empresa está repleta de dificultades que sólo podrán superarse por aquellos que tienen influencia en la sociedad; quienes, previendo sus importantes beneficios *prácticos*, podrían ser inducidos a luchar contra esas dificultades; y quienes, cuando vean claramente y sientan íntimamente sus ventajas, no permitirán que consideraciones individuales compitan con el logro de éstas. Es cierto que, guiadas por estas convicciones, tendrán durante algún tiempo que sacrificar su ocio y comodidad; pero si perseveran, los principios en que está basado este conocimiento al fin prevalecerá universalmente.

Al preparar el camino para la introducción de estos principios, no es ahora necesario entrar en detalles de datos que prueben que puede entrenarse a los niños a adquirir "cualquier lenguaje, sentimientos, creencias, o cualquier tipo de hábitos físicos y de modales que no sean contrarios a la naturaleza humana."

Que esto ha sido realizado en el pasado, lo confirma abundantemente la historia de todas las naciones de que tenemos noticia. Y que esto es así, y puede hacerse otra vez, puede demostrarse satisfactoriamente por medio de los hechos que nos rodean, y los que pueden encontrarse a través de todo el mundo.

En posesión de un conocimiento de tan importante eficacia, que, bien entendido, podría ser usado con la certeza de una ley de la naturaleza, y que haría desaparecer los principales males que afligen a la humanidad, ¿permitiremos que permanezca secreto e inútil, mientras las plagas de la sociedad continúan existiendo y creciendo perpetuamente?

No; ha llegado la hora en que la opinión pública de este país y el estado general del mundo claman imperativamente por la introducción de este principio tan abarcador, no sólo en *teoría*, sino en la *práctica*.

Ningún poder humano puede ahora impedir su progreso rápido. El silencio no podrá retardar su curso, y la oposición le añadirá mayor celeridad de movimiento. De hecho, el comienzo de la tarea asegurará su realización, a partir de la cual, todas las pasiones de la irritación y del enojo que proceden de la ignorancia existente sobre las causas del carácter mental y físico amainarán gradualmente y serán sustituidas por los más francos sentimientos de confianza y conciliatoria buena voluntad.

Tampoco será posible en el futuro que un número comparativamente pequeño de individuos, sin intención de hacerlo así, sean causa de que el resto de la humanidad se rodee de circunstancias que *inevitablemente* crean individuos a quienes luego se considera un *deber y hasta un derecho condenar a muerte*; y eso, cuando en realidad ellos han sido los instrumentos de su creación. Tales procedimientos no sólo crean innumerables dificultades a los pocos que gobiernan, sino que esencialmente les retarda, junto a la masa de la sociedad, en la obtención del goce de un alto grado de felicidad positiva. En vez de castigar crímenes después de *permitir* que el carácter humano se forme con disposiciones para cometerlos, adoptarán los únicos medios que pueden adoptarse para *impedir* la existencia de esos crímenes; medios a través de los cuales pueden evitarse fácilmente.

Por ventura, los principios por que luchamos eliminarán de una naturaleza humana hasta hoy mal comprendida y degradada, todos sus elementos ridículos y todo lo que de misterio absurdo la rodea gracias a la ignorancia de épocas anteriores. Todos los complicados y contradictorios motivos para la buena conducta, que han sido en el pasado multiplicados hasta el infinito, serán reducidos a un solo *principio de acción* que, por su operación evidente y su suficiencia, hará el sistema vigente *innecesario*, y en última instancia lo sustituirá en todas las partes de la tierra. El *principio* es este: LA FELICIDAD DEL YO, CLARAMENTE ENTENDIDA Y UNIFORMEMENTE PRACTICADA, SOLO PUEDE CONSEGUIRSE MEDIANTE UNA CONDUCTA QUE PROMUEVA LA FELICIDAD DE LA COMUNIDAD.

El Poder que gobierna y satura el universo evidentemente ha formado al hombre de tal manera que éste puede pasar progresivamente de un estado de ignorancia a uno de inteligencia, los límites de la cual no cumple al hombre definir; y en ese progreso el hombre descubre que la felicidad del individuo sólo puede aumentarse y extenderse en la medida en que éste trate de aumentar y extender la felicidad de todos los que le rodean. Este principio no admite exclusión o limitación alguna; y el estado de la opinión pública evidencia actitud tal, que este principio será ahora aprehendido y apreciado como la más preciosa bendición que se le ha permitido alcanzar hasta la fecha. Los errores de todos los principios opuestos aparecerán ahora en su verdadera naturaleza, y la ignorancia de que partían se hará tan patente, que aún los menos ilustrados los rechazarán inmediatamente.

Los acontecimientos extraordinarios de nuestros días han contribuido esencialmente a preparar el camino para este estado de cosas, así como para todos los cambios graduales que se contemplan.

Incluso el Gobernante de Francia, aunque de inmediato motivado por los más errados principios de ambición, ha contribuido a este resultado feliz sacudiendo hasta sus cimientos esa masa de superstición y beatería que se había acumulado desde hace épocas en el continente de Europa, y a tal grado habían sobrepujado y deprimido el intelecto humano que hubiese sido en extremo impropio haber intentado alguna mejora sin eliminarlos.

Y, por el otro lado, al llevar a un extremo *en la práctica* los principios errados y egoístas en los que hasta aquí se ha educado a la humanidad, ha puesto de manifiesto el error en que éstos se basan, y no ha dejado duda alguna sobre la falacia en que se originaban.

Estas transacciones, en las que se ha inmolado a millones, o se les ha sometido a la pobreza y privado de sus amigos, se conservarán en los anales de la historia, e imprimirán en las edades futuras una estimación justa de los principios que habrán de ponerse ahora en práctica, demostrando así su perpetua utilidad a futuras generaciones.

Pues los efectos nocivos del gobierno de Napoleón han creado un profundo disgusto hacia nociones que, de otra manera, podrían crear la impresión de que su conducta fué gloriosa, o calculada para aumentar la felicidad aún del mismo individuo que la buscaba. Y los últimos descubrimientos y publicaciones del Reverendo Dr. Bell y el Sr. Józeph Lancaster, han venido preparando el camino en una forma opuesta, pero no menos efectiva, al dirigir la atención pública hacia los efectos benéficos que en las mentes jóvenes y maleables tiene aun la poca educación comprendida en sus sistemas.

Ya estos han realizado trabajo suficiente como para indicar que todo lo que ahora se planea acerca del entrenamiento de la juventud puede realizarse sin miedo a decepciones. Y al hacerlo así, como las consecuencias de sus mejoras no pueden restringirse a las Islas Británicas, se les considerará siempre entre los más importantes benefactores de la raza humana. De ahora en adelante será vano insistir en algún sistema nuevo *exclusivo*: la opinión pública está ya demasiado bien informada, y ha trascendido demasiado la posibilidad de retroceso, como para permitir por más tiempo la continuación de un mal de tal naturaleza.

Pues ahora es evidente que tal sistema destruirá la felicidad de aquellos que excluye, al ver éstos que otros gozan de una felicidad que a ellos no les está permitido disfrutar; que tiende, al crear oposición de parte de aquellos que justamente se encuentran heridos en sus sentimientos, a disminuir la felicidad de los privilegiados, precisamente en proporción al grado de exclusión practicada. Tal régimen no tiene, pues, ningún motivo racional para su continuación. Sin embargo, si debido a los principios irracionales con que hasta la fecha se ha gobernado el mundo, individuos, sectas, o partidos, insistieran por medio de sus planes de exclusión, en retardar el mejoramiento de la sociedad, o impedir la introducción en la *práctica* de aquel principio tan verdaderamente justo que *no* conoce exclusión alguna, se podrán producir datos de contundencia tal que no fallarán en hacer inútiles todos sus esfuerzos. Por tanto, la esencia de la sabiduría por parte de las clases privilegiadas consistirá en cooperar sincera y cordialmente con aquellos que no quieren alterar ni una jota de las supuestas ventajas de que *ahora* disfrutan, y quienes desean, en primera y en última instancia, aumentar la felicidad particular

de esas clases, así como la felicidad general de la sociedad. Se necesitaría muy poca reflexión por parte de las clases privilegiadas para que esta línea de conducta quede asegurada, de donde se desprende que sin necesidad de revoluciones domésticas--sin guerras o derramamientos de sangre--es más, sin alterar prematuramente cosa alguna ahora existente, el mundo estará preparado para adoptar los únicos principios que han sido forjados para edificar un sistema de felicidad, y para destruir aquellos sentimientos irritantes que han afligido a la sociedad por tanto tiempo, sólo porque la sociedad ha ignorado hasta ahora los verdaderos medios de forjar el más útil y valioso carácter humano.

Una vez eliminada esta ignorancia, la experiencia nos dirá pronto cómo forjar un carácter, individual y general, que dé al individuo, y a la humanidad en general, la máxima suma de felicidad.

Estos principios requieren sólo ser conocidos para quedar establecidos: el bosquejo de nuestro futuro programa se hace entonces claro y definido, y no nos permitirá desviarnos del camino recto. Estos principios ordenan que los gobernantes establezcan planes racionales para la educación y formación general del carácter de sus súbditos. *Estos planes habrán de trazarse para entrenar a los niños, desde su temprana infancia, en buenos hábitos de toda índole. (Lo cual, es obvio, les impedirá adquirir los de la falsedad y el engaño). Después deberá educárseles racionalmente y dirigir su trabajo hacia formas útiles. Tales hábitos y educación imprimirán en ellos un deseo activo y ardiente de promover la felicidad de todos, y esto sin la más mínima sombra de excepción para sectas, partidos, países, o climas. También les asegurarán, con las menores excepciones posibles, la salud, la fuerza, y el vigor físico, pues la felicidad humana puede estructurarse sólo sobre los fundamentos de la salud corporal y la paz mental.*

Para que esa salud corporal y paz mental pueden mantenerse sanas e íntegras, a través de la juventud y la madurez, hasta la vejez, es igualmente necesario que las propensiones irresistibles que forman parte de su naturaleza, y que ahora producen los múltiples e interminables males que afligen a la humanidad, sean dirigidas de tal manera que *aumenten*, en vez de *contrarrestar* su felicidad.

Sin embargo, el conocimiento así introducido hará patente al entendimiento que la mayor parte de la miseria que rodea al hombre puede ser fácilmente disipada y eliminada, y que, con precisión matemática, éste *puede* rodearse de aquellas circunstancias que gradualmente habrán de aumentar su felicidad. De ahora en adelante, cuando el público en general se sienta satisfecho de que estos principios *son* capaces de resistir, como de hecho *resistirán*, la prueba a que inevitablemente habrán de ser sometidos; cuando demuestren su corrección ante la comprensión clara y firme convicción, tanto de los no ilustrados como de los doctos, y cuando, en virtud del poder irresistible de la verdad, separada del error, se establezcan en la mente para no ser desalojados de allí, a menos que no se aniquilen totalmente los intelectos humanos, la práctica que se obtendrá de ellos, en calidad de consecuencias, será explicada y se hará fácil de adoptar.

Mientras tanto, que nadie presagie mal alguno, aún el más mínimo, de la aplicación de estos principios, pues son no sólo inofensivos en sí mismos, sino que están preñados de consecuencias que *cada miembro de la sociedad* debe apreciar y desear por sobre toda otra cosa.

Varias de las clases sociales mejor intencionadas podrían todavía decir: "Todo esto es *muy delicioso y bello en teoría*, pero sólo *visionarios* esperarán verlo *realizado*." A este comentario sólo una respuesta *puede* o *debe* darse: que estos *principios han sido puestos en práctica con mucho éxito*. * Pero estos *Ensayos* no se proponen ahora, como materia especulativa, para divertir al ocioso visionario que *piensa* en su torre de marfil y nunca *actúa* en el mundo, sino más bien para crear una actividad universal y deseminar por la sociedad el conocimiento de sus verdaderos intereses. Se proponen para llamar la atención de la opinión pública hacia el objeto más importante de que esta pueda ocuparse: un proceso nacional para formar racionalmente el carácter de aquella inmensa masa de la población a la que ahora se permite formarlo de tal manera que llena el mundo de crímenes. ¿Podrán las cuestiones de interés meramente local y pasajero, cuyos resultados de última instancia sólo están planeados para traspasar ganancias pecuniarias de un grupo

* Los efectos benéficos de esta práctica se han venido experimentando por muchos años en la población de entre dos a tres mil personas en Nueva Lanark, en Escocia.

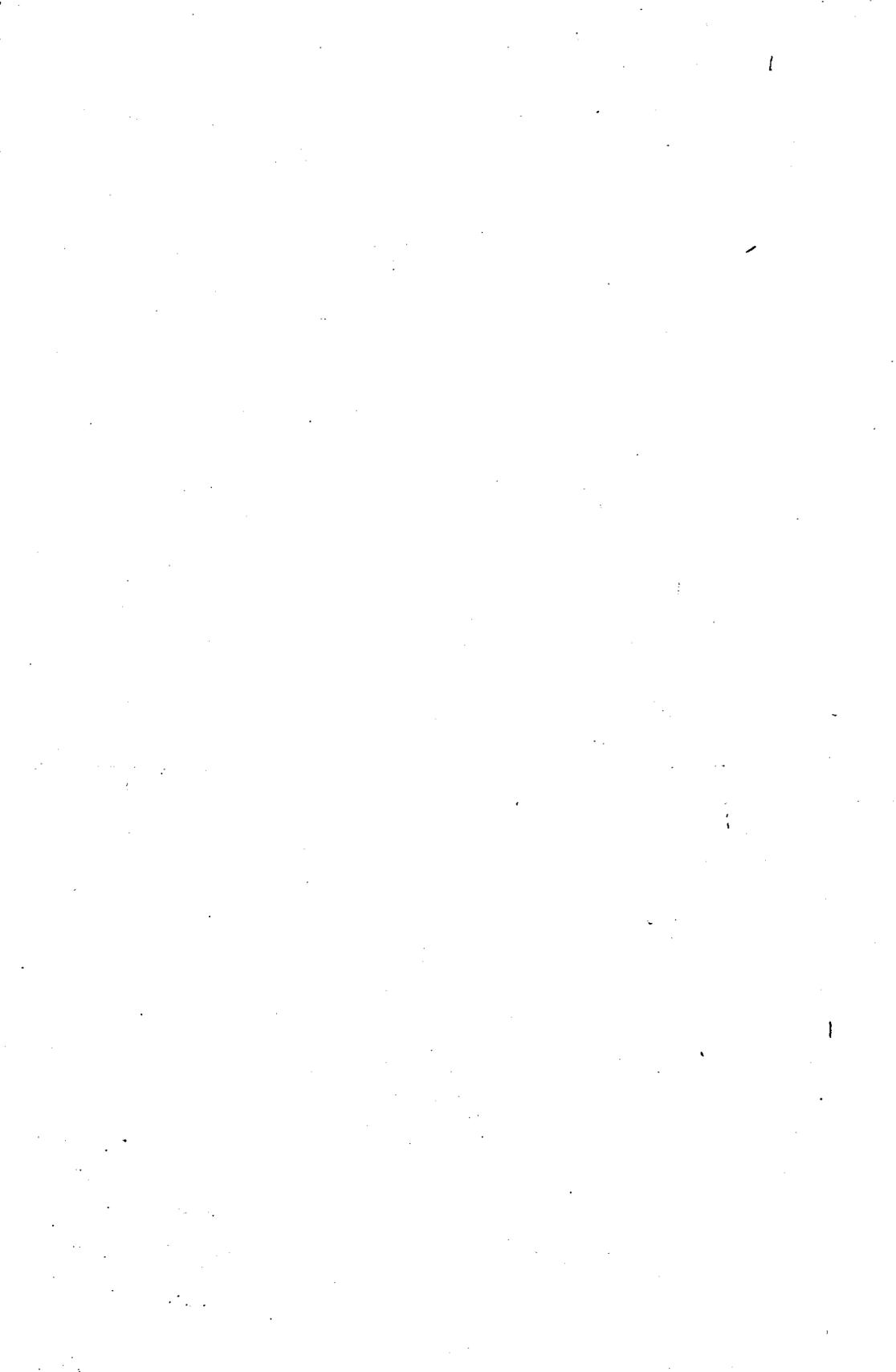
de individuos a otro, reclamar la atención continúa de políticos y ministros, así como provocar peticiones y delegados de parte de los más diversos intereses comerciales y agrícolas del imperio; y podrá darse el caso de que el bienestar de millones de pobres, de personas medio desnudas, medio muertas de hambre, sin educación ni entrenamiento alguno, y que aumentan de hora en hora hasta un número alarmante en estas islas, no provoque *una* petición, *un* delegado, ni *una* medida legislativa racional y efectiva? No, pues tal ha sido nuestra educación que no vacilamos en dedicar años y gastar millones en la *detención y castigo* de crímenes, y en la consecución de objetivos cuyos resultados en última instancia son, al compararse con esto, la insignificancia misma, y sin embargo no hemos adelantado ni un solo paso en la dirección correcta para *prevenir* crímenes, y para disminuir los innumerables males que plagan ahora a la humanidad. ¿Habrán estos falsos principios de conducta de los gobernantes de afectar a la humanidad permanentemente? Y de no ser así, *¿cómo y cuándo* habrá de comenzar el cambio? Estas importantes consideraciones habrán de constituir el tema del próximo ensayo.

SEGUNDO ENSAYO

LOS PRINCIPIOS DEL ENSAYO ANTERIOR

CONTINUADOS Y EN PARTE APLICADOS EN LA PRACTICA

"No resulta falto de razón el esperar que *cese la hostilidad* aún allí donde *no puede llegarse a un acuerdo perfecto*. Si no podemos *reconciliar todas las opiniones*, tratemos de unir todos los *corazones*." De una carta del Sr. Vansittart al Rvo. Dr. Herbert Marsh.



SEGUNDO ENSAYO

En el *Primer Ensayo* sólo nos dedicamos al desarrollo de principios generales. En éste se hará un intento de mostrar las ventajas que pueden derivarse de la adopción de estos principios, y de explicar cómo éstos pueden, en general, ponerse en práctica sin crear dificultad alguna.

Algunos de los beneficios más importantes que se derivan de la aplicación práctica de estos principios consisten en crear las razones más consistentes para inducir a cada hombre "a tenerle amor a *todos* los hombres." Fuera de éste, ningún otro sentimiento puede alojarse en una mente humana a la que se ha enseñado claramente que los niños en todas partes del mundo han sido, son, y serán eternamente formados por hábitos y sentimientos similares a los de sus padres y maestros, modificados, claro está, por las circunstancias en que han sido, son, o puedan ser colocados, y por la organización peculiar de cada individuo. Y sin embargo, ninguna de estas causas del carácter está bajo el mando, o en forma alguna bajo el control de los niños, a quienes (no importa que tonterías se nos hayan enseñado en contrario) no se puede en forma alguna hacer responsables por los sentimientos y modales que les hayan sido inculcados. Y aquí está el error fundamental de la sociedad, y de aquí han procedido, y proceden, la mayor parte de las miserias humanas.

Sin excepción alguna, los niños son compuestos pasivos y maravillosamente diseñados, quienes, por medio de una escrupulosa atención previa y subsiguiente, *fundada en un conocimiento correcto de la materia*, pueden colectivamente formarse de tal manera que adquieren cualquier carácter. Y aunque estos compuestos, como todas las otras obras de la naturaleza, se dan en variedades sin fin, poseen sin embargo aquella cualidad plástica que, por medio de una perseverancia juiciosamente administrada, puede, en última instancia, ser modelada a la imagen misma de los apetitos y deseos racionales.

En segundo lugar, estos principios no podrán evitar crear sentimientos que, aún sin el uso de la fuerza, o sin producir ningún motivo que los contrarreste, guiarán irresistiblemente a aquellos que los posean a hacer provisión para las

diferencias en sentimientos y modales que existan, no sólo entre sus amigos y conciudadanos, sino entre los habitantes de todas las regiones de la tierra, aun incluso sus enemigos. Con conocimiento profundo acerca de la formación del carácter, no hay fundamento alguno para la desazón privada o la enemistad pública. De lo contrario, dígame si está dentro de lo posible el que los niños sean capaces de conseguir *ese* conocimiento, y a la vez adquirir sentimientos de enemistad contra siquiera una criatura humana. El niño que desde pequeño ha sido racionalmente educado en estos principios, podrá fácilmente descubrir y averiguar *de dónde* han surgido las opiniones y hábitos de sus compañeros, y saber *por qué* los poseen. Habrá adquirido, al mismo tiempo, suficientes razones para explicarse a sí mismo la irracionalidad de enojarse con un individuo por poseer éste cualidades que, por ser un ente pasivo durante su formación, no tenía forma alguna de evitar que se desarrollasen. Estas son las impresiones que estos principios dejarán impresas en la mente de los niños a que se les enseñen; y en vez de generar coraje o desazón, producirán en ellos conmiseración y lástima hacia aquellos individuos que poseen hábitos o sentimientos que le aparezcan destructivos de su comodidad, placer, o felicidad, y producirán en el niño un afán de eliminar esas causas de miseria, de tal manera que puedan eliminar también las causas de su compasión y lástima. Los placeres que inevitablemente experimentará a través de esta forma de acción le inclinarán hacia los esfuerzos más activos, con miras a la eliminación de aquellas circunstancias que rodean a cualquier sector de la humanidad de causas de miseria, y a su sustitución por otras que tiendan a aumentar su felicidad. Entonces también sentirá fuertemente el deseo de "hacer el bien a todos los hombres", y aún a aquellos que se consideren a sí mismos como sus enemigos.

En esta forma puede enseñársele a la humanidad, en forma *breve, directa, e indubitable*, la *esencia*, así como el objetivo *último* de toda instrucción *moral y religiosa*.

~~Estos *Ensayos* están dedicados, sin embargo, a explicar lo que se considera verdadero, y no a atacar lo que se considera falso. Pues la explicación de lo *verdadero* puede mejorar las cosas, sin crear siquiera males temporeros; mientras que atacar lo *falso* produce a veces consecuencias fatales. Lo primero convence al juicio, cuando la mente~~

posee plenas facultades deliberativas para juzgar; mientras que lo último produce irritación, y quita al juicio la capacidad para desempeñar su función, inutilizándolo. Pero ¿por qué debemos irritarnos en ocasión alguna? ¿No es obvio, más allá de toda duda que, según estos principios, aún las ideas y prácticas imperantes en todo el mundo no deberán considerarse como culpa de, o error adjudicable a las generaciones actuales? Su causa inmediata reside en la ignorancia parcial de nuestros antecesores, quienes, aunque adquirieron algunas nociones vagas e inconexas sobre los principios que forman el carácter, no pudieron descubrir la concatenación de esos principios, y no supieron, por tanto, cómo ponerlos en práctica. *Enseñaron* a sus hijos lo mismo que se les había enseñado a ellos, lo que habían adquirido, y al así hacerlo, obraron como sus antecesores, quienes a su vez habían retenido las costumbres establecidas por generaciones anteriores, hasta que otras fuesen descubiertas y se les demostraran.

La raza humana del presente también ha educado a sus niños en la misma forma que fué educada, y no se le puede culpar de cualquier defecto contenido en tales sistemas y tales tipos de educación; y no importa lo erróneos o perjudiciales que hayan resultado tales sistemas y tales tipos de educación, los principios sobre los cuales descansan estos *Ensayos* serán mal interpretados, y su espíritu mal concebido, si se originara irritación o mala voluntad alguna contra aquellos que se aferran tenazmente aún a los más nocivos aspectos de tal educación y sostienen los sistemas más perniciosos. Pues tales individuos, sectas, o partidos han sido enseñados a considerar como un deber, y como de su interés, el actuar en esa forma, y al así hacerlo sólo están continuando las costumbres de sus antecesores. Presentémosle la razón libre de errores; démosle tiempo para que la examinen, para que vean que está de acuerdo con todas las verdades ya establecidas, y no hay duda que se conseguirá su convicción y su reconocimiento de ésta. Exigir asentimiento antes de conseguir convicción es indicio de debilidad, más después de conseguirse éstas, el asentimiento no se hace tardar. Tratar de forzar las conclusiones sin aclarar la cuestión ante el entendimiento, es obviamente algo injustificable e irracional y deberá resultar siempre inútil y perjudicial a las facultades mentales. Es en este espíritu que proseguimos ahora la investigación de esta materia.

Los hechos que se han podido acumular gradualmente gracias a la invención de la imprenta muestran ya tan claramente los errores de los sistemas de nuestros antepasados que, cuando estos se señalen, debieran ser evidentes a todas las clases en la comunidad, haciendo absolutamente necesaria la inmediata adopción de nuevas medidas legislativas, de tal manera que se evite la confusión que puede surgir del hecho de que aun los más ignorantes pueden percatarse de lo absurdas y claramente injustas que son muchas de las leyes con las que actualmente se les gobierna.

Tales son las leyes que establecen castigos para una gran variedad de acciones que se han catalogado como crímenes, mientras que a los autores de tales acciones regularmente sólo se les ha sometido a la experiencia de un conocimiento que sólo les obliga a concluir que esas son las mejores acciones de que son capaces.

¿Hasta cuándo consentiremos que se les enseñe el crimen a generación tras generación, y una vez que se les haya enseñado se les persiga como a bestias del bosque, hasta que se encuentren atrapados en las redes de la ley más allá de toda posibilidad de escape? Pues en realidad, si las circunstancias de esos abandonados penitentes hubiesen sido cambiadas por aquellas de los que hasta se rodean de la pompa y la dignidad de la justicia, estos últimos serían los que ocuparían la silla de los acusados, mientras los primeros ocuparían la posición de jueces.

Si los actuales jueces de estos reinos hubiesen nacido y se hubieran educado entre la gente pobre y disipada de St. Gile, o en situación similar, ¿no es obvio que, debido a sus habilidades y energías innatas, estarían hoy a la cabeza de las profesiones que *allí* y *entonces* hubiesen adquirido, y por efectos de su superioridad y eficiencia hubiesen ya sufrido prisión, expulsión o muerte? ¿Puede acaso vacilarse en concluir que si algunos de estos hombres a los que la ley administrada por los jueces actuales ha condenado a sufrir la pena capital hubiesen nacido, se hubiesen educado en, y rodeado de las circunstancias en que estos jueces nacieron y se educaron, algunos de los que así han sufrido serían los mismos que hubiesen determinado idénticas y horribles sentencias sobre los ahora altamente estimados dignatarios de la ley?

Si abrimos nuestros ojos y atentamente reparamos en los acontecimientos, observamos que estos hechos se multiplican ante nuestros ojos. ¿Es el mal entonces de tan escasa magnitud como para ser totalmente desatendido y pasado por alto como una de las ocurrencias ordinarias de nuestros días, y que no merece nuestra reflexión? ¿Y volverá a decirsenos "que el momento conveniente para atender a investigaciones de esta naturaleza no ha llegado aún; que otras materias de mucha más importancia ocupan ahora nuestra atención, y que hay que posponer estos para una ocasión en que haya más ocio"?

A quienes pudieran sentirse inclinados a pensar de esta manera, les diría, "Permitid que los sentimientos de humanidad o de estricta justicia os induzcan a dedicar unas pocas horas a visitar las prisiones públicas de la metrópolis, e inquirir pacientemente, con una solicitud conmisericordiosa, acerca de sus varios ocupantes, los hechos de sus vidas, y de las vidas de sus asociados. Ellos revelarán historias que han de cautivar la atención, que pondrán en claro *sufrimientos, miseria e injusticia*, en las que, por razones obvias, no me detendré ahora, pero que estoy convencido de que anteriormente no pensábais que pudieran existir en ningún estado civilizado, y mucho menos que se permitieran crecer por siglos en torno a la fuente misma de la jurisprudencia británica. Sin embargo, la verdadera causa de esta forma de actuar, tan contraria al sentido de humanidad de los nativos de estas Islas, reside en no haber podido sugerirse para este mal un remedio basado en principios sólidos y claramente formulados. Pero los principios desarrollados en esta *Nueva Visión de la Sociedad señalarán un remedio que es casi la sencillez misma, sin más dificultades prácticas que muchas de las otras dedicaciones comunes de la vida, dificultades que son fácilmente resueltas por personas de talentos prácticos muy ordinarios.*

Que tal remedio puede fácilmente ponerse en práctica puede deducirse del recuento del siguiente muy limitado experimento.

En el año 1784 el ya fenecido Sr. Dale de Glasgow fundó un taller o hilandería de algodón cerca de las cataratas del Clyde, en el condado de Lanark, en Escocia, y para este período se establecieron por primera vez las hilanderías de algodón en la parte norte del reino.

Fué la energía que podía obtenerse de las cataratas lo que inclinó al Sr. Dale a erigir sus molinos en este lugar, pues en otros respectos no era una buena localización: el campo circundante no estaba cultivado; los habitantes eran pobres y escasos en número; y las carreteras del vecindario eran tan malas que las Cataratas, tan famosas ahora, eran hasta entonces desconocidas para los forasteros.

Fué necesario, por lo tanto, conseguir una población nueva para suplir con obreros a la incipiente factoría. Esto, sin embargo, no fué tarea fácil, pues todo el peonaje escocés, regularmente entrenado, rechazaba la idea de trabajar desde muy temprano y hasta muy tarde, día tras día, dentro de las hilanderías de algodón. Sólo quedaban, pues, dos formas de reclutar tales obreros; la primera, conseguir niños de las varias instituciones públicas de caridad del país; la segunda, inducir a familias a establecerse alrededor del taller.

Para acomodar a los primeros se construyó una casa grande, que llegó a albergar cerca de quinientos niños, los que fueron reclutados principalmente en los asilos de trabajo y las instituciones caritativas de Edimburgo. A estos niños había que alimentarlos, vestirlos y educarlos, lo que el Sr. Dale realizó con la infatigable benevolencia muy bien conocida por todos.

Para conseguir a los segundos se construyó una villa, cuyas casas les fueron alquiladas por una renta módica a las familias que se pudieron inducir a aceptar empleo en las hilanderías, pero tal era el disgusto que en general se sentía entonces ante tal ocupación, que, con pocas excepciones, sólo personas carentes de amistad, empleo, o carácter, aceptaban ensayar el experimento; y de éstas era imposible conseguir un número suficiente como para suplir el aumento constante de la manufactura. La residencia en la villa se consideraba, por tanto, como un favor, aún de parte de dichos individuos, y, una vez aprendían el trabajo que realizaban, se hacían tan valiosos para la firma que resultaban elementos imposibles de gobernar en forma contraria a sus inclinaciones.

Las principales ocupaciones del Sr. Dale se encontraban a considerable distancia de los trabajos, que raramente visitaba por más de unas horas cada tres o cuatro meses;

se vió por tanto en la necesidad de encomendar la administración del establecimiento a varios subalternos con más o menos autoridad.

Aquellos que poseen un conocimiento práctico de la humanidad anticiparán fácilmente el carácter que iba a adquirir una población así reunida y constituida; no es necesario, por tanto, apuntar que poco a poco la comunidad se fué convirtiendo, bajo tales circunstancias, en una sociedad harto miserable; cada uno hizo lo que aparecía como bueno ante sus propios ojos, y el vicio y la inmoralidad prevalecieron hasta un extremo monstruoso. La población vivía ociosa, pobremente, y envuelta en toda clase de crímenes; en consecuencia, vivían en deudas, enfermos, y en la miseria. Aún así, y para empeorar más la situación, --aunque esta causa procedía de los mejores motivos posibles, de una concienzuda adherencia y principios-- toda la situación estaba bajo una fuerte influencia sectaria, que le daba una marcada y decidida preferencia a una clase de opiniones religiosas por sobre todas las demás, y los que profesaban las opiniones favorecidas eran los privilegiados de la comunidad.

La casa en que se hospedaban los niños presentaba un cuadro muy diferente. Su bondadoso dueño incurría en toda clase de gastos para brindarle comodidad a los pobres niños. Los cuartos que se les proveía a éstos eran siempre espaciosos, limpios, y bien ventilados; el alimento era abundante y de la mejor calidad; la ropa era limpia y resistente; se pagaba permanentemente a un doctor para que dirigiera la prevención y cura de las enfermedades; y se contrató a los mejores maestros con que contaba el país para enseñar todas las ramas de la educación que se consideraran útiles para niños en aquellas situaciones. Para supervisar todos sus asuntos y problemas se nombraron personas bondadosas y de buena disposición. Nada faltaba, pues, para que se considerara esta empresa como un acto cabal de caridad.

Pero para sufragar los gastos de estas bien planeadas medidas, y en general para sostener toda la institución, se hacía absolutamente necesario emplear los niños en las hilanderías desde las seis de la mañana hasta las siete de la noche, durante el verano y el invierno, y era después de esa hora cuando empezaba su educación. Los directores

de las instituciones públicas de caridad, debido a normas de economía equivocadas, no consentían en enviar los niños bajo su cuidado a las hilanderías, a menos que los dueños no los recibieran a las edades de seis, siete y ocho años. El Sr. Dale se vió así en la necesidad de aceptarlos de estas edades, o parar los trabajos que había iniciado en la factoría.

No es de suponer que niños tan jóvenes se mantuvieran en constante actividad, de pie dentro de la hilandería, con la sola interrupción de las comidas, desde las seis de la mañana hasta las siete, de la noche, y que consiguieran a un tiempo un gran aprovechamiento en sus estudios. Y así quedó comprobado, pues mucho de ellos se convirtieron en enanos de cuerpo y mente, y algunos quedaron deformados. Su trabajo por el día y su educación por la noche se convirtieron en cosas tan enojosas que muchos de ellos se fugaron, y casi todos esperaban con impaciencia y ansiedad el fin de sus períodos de aprendizaje de siete, ocho y nueve años; los que ordinariamente expiraban cuando ellos tenían de trece a quince años. En este período de sus vidas, cuando aún no sabían proveerse a sí mismos sus necesidades, sin experiencia del mundo, normalmente se marchaban a Edimburgo o a Glasgow, donde, tanto niños como niñas, se rodeaban inmediatamente a las innumerables tentaciones que se presentan en todas las grandes ciudades, y ante las cuales, muchos de ellos sucumbieron.

En esta forma, las medidas y la bondadosa solicitud con que el Sr. Dale procuró la comodidad y felicidad de estos niños quedaron, en última instancia, sin efecto real alguno. Pues él contrataba estos niños básicamente para emplearlos, y sin su trabajo no los podía mantener. Mientras estuvieron bajo su cuidado, sin embargo, él hizo todo lo que una persona en sus circunstancias podía humanamente hacer por su prójimo. El error provenía del hecho de que los niños eran enviados por las instituciones públicas de caridad a una edad demasiado temprana para ser empleados, pues debieron retenerlos cuatro años más, además de que debieron haberlos educado antes de enviarlos a trabajar, evitando así algunos de los males que resultaron de la práctica contraria.

Si éste es un cuadro verídico y no exagerado del aprendizaje parroquial en nuestro sistema manufacturero, bajo las

condiciones más favorables y humanas, ¿cómo habrá de ser contemplado bajo las peores?

El Sr. Dale estaba entrando ya en años, no tenía hijo alguno que le sucediera, y al encontrar que las consecuencias que acabamos de describir resultaban de sus denodados esfuerzos en bien del mejoramiento y la felicidad de sus prójimos, no es sorprendente que quisiera desprenderse de las obligaciones del taller. Por tanto, lo vendió a unos comerciantes y manufactureros ingleses, uno de los cuales, bajo las circunstancias ya descritas, se hizo cargo de la administración de la empresa, y fijó su residencia en medio de su población. Previamente este señor había estado a cargo de la administración de grandes establecimientos, donde empleaba un gran número de obreros en la vecindad de Manchester, y donde siempre logró cambiar los hábitos de aquellos bajo su tutela mediante la aplicación consistente de ciertos principios generales, logrando que estos se distinguieran por su buena conducta entre sus compañeros empleados en trabajos similares. Así pues, con estos éxitos a su haber en la remodelación del carácter inglés, pero ignorante de las ideas, usos, y costumbres locales, este forastero dió comienzo a su tarea.

En aquellos tiempos las clases bajas de Escocia, igual que las de los otros países, sentían grandes prejuicios contra la idea de que algún extranjero ejerciera autoridad sobre ellos, prejuicio que se dejaba sentir especialmente contra los ingleses, muy pocos de los cuales se habían establecido para entonces en Escocia, y positivamente ninguno en la vecindad del taller de referencia. Además, es bien conocido el hecho de que aun el campesinado y las clases trabajadoras escocesas poseen el don de observar las cosas y apoyar en estas observaciones razonamientos de gran agudeza; en el presente caso, los empleados concluyeron, naturalmente, que los nuevos dueños sólo se proponían obtener la mayor ganancia posible del establecimiento manufacturero, de cuyas desastrosas condiciones muchos de ellos mismo estaban derivando beneficios. Por tanto, los empleados del taller estaban fuertemente perjudicados contra su nuevo director; en parte porque era extranjero y procedía de Inglaterra; en parte porque sucedía al Sr. Dale, bajo cuya intendencia actuaron casi como les vino en gana; en parte porque su credo religioso era distinto; y porque, concluyeron además, los trabajos ahora quedarían gobernados por

un nuevo sistema de leyes y reglamentos, ideados sólo con el propósito de exprimir, como ellos decían, el mayor rendimiento de su trabajo.

Como consecuencia de esto, desde el mismo día en que llegó al establecimiento, se pusieron en juego todos los obstáculos que el ingenio pudo imaginar para contrarrestar el plan que el nuevo administrador intentaba introducir; y por espacio de dos años la situación fué de ataque y de defensa, de prejuicios y de malas prácticas entre el administrador y la población de lugar, sin poder el primero conseguir gran progreso, o convencer a los últimos de la sinceridad de sus buenas intenciones respecto a su bienestar. Sin embargo, éste no perdió su paciencia, su temple, o su confianza en el éxito seguro de los principios en los que se basaba su conducta. En última instancia estos principios prevalecieron; la población no podía continuar resistiéndose a la bondad bien dirigida, administrando justicia a todos por igual. En consecuencia, la población empezó lenta y cautelosamente a ofrecerle alguna confianza; y según esto fué progresando, el administrador pudo, poco a poco, desarrollar sus planes para mejorar la condición de todos. Puede decirse con justicia que para este período esta gente poseía casi todos los vicios y ninguna de las virtudes de una comunidad social. El robo y la obtención de artículos robados eran su negocio; sus hábitos eran la vagancia y la borrachera; la falsedad y el engaño eran su porte característico; y la disensión civil y religiosa eran la práctica diaria. Sólo les unía una oposición fanática y sistemática a sus patrones. Aquí se presentaba, pues, una situación bastante buena para ensayar la eficacia práctica de unos principios que se suponían capaces de cambiar cualquier tipo de carácter humano. El administrador ajustó sus planes a este supuesto; usó algún tiempo en determinar el alcance total del mal que se proponía combatir, y en trazar las verdaderas causas que habían producido, y seguían produciendo aquellos efectos. Encontró que todo allí era desconfianza, desorden, y disensión. El quería introducir confianza, regularidad, y armonía. Por tanto, empezó a poner en efecto las diversas medidas que eliminarían las circunstancias desfavorables de las que hasta la fecha habían estado rodeados, y a sustituírlas por otras dirigidas a producir un resultado más feliz. Pronto descubrió que el robo se extendía a través de todas las ramificaciones de la comunidad, y la obtención de artículos robados a través de todo

el país. Para remediar este mal no se infligió ni un solo castigo legal, ni se encarceló a nadie no por sólo una hora; pero se introdujeron ciertos frenos y otras medidas preventivas. Algunos individuos, especialmente instruidos para tales fines, y que poseían las mejores facultades racionales entre el grupo, inculcaban al resto, mediante una breve explicación, los beneficios inmediatos que derivarían de una conducta distinta. También se les instruyó en cómo dirigir sus esfuerzos a ocupaciones legítimas y útiles, mediante las cuales, sin peligro o desgracia alguna, realmente podrían ganar aún más de lo que antes obtenían con sus prácticas ilícitas. En esta forma se aumentaron los obstáculos a la comisión del crimen; la detención después de cometido se hizo más fácil; se formó el hábito del trabajo honrado; y se experimentó el placer de la buena conducta.

Las borracheras fueron atacadas en la misma forma; eran desaprobadas en toda ocasión por aquellos que tenían a su cargo la dirección de un departamento cualquiera; sus efectos destructores y perniciosos eran frecuentemente explicados, aún por los compañeros más prudentes de entre ellos mismos, escogiendo para ello ocasiones propicias, cuando el individuo afectado sufría sobriamente los efectos de sus excesos previos; las tabernas y las casas de citas fueron eliminadas gradualmente del vecindario inmediato a sus viviendas; se les introdujo a la salud y la comodidad que resultan de la templanza; y poco a poco las borracheras iban desapareciendo, y muchos habituados a los bacanales eran ahora conspicuos por su escrupulosa sobriedad.

La falsedad y el engaño corrieron la misma suerte; se les consideraba como desgracias, y sus malos efectos prácticos fueron explicados inmediatamente, mientras se estimulaba la veracidad y la conducta franca. Los placeres y ventajas sustanciales que se derivaban de las últimas, lograron en poco tiempo contrarrestar la imprudencia, el error, y la miseria que el anterior modo de actuar había creado. Las disenciones y disputas existentes fueron socabadas mediante medidas análogas. Cuando no podían ser resueltas fácilmente por los mismos protagonistas, éstas eran elevadas ante el administrador; y como en tales casos ambos disputantes eran normalmente más o menos culpables, su falta les era explicada en la forma más breve; se les recomendaba perdonarse y reanudar la amistad, y se les inculcaba un precepto sencillo y fácil de recordar, como

la regla más valiosa para toda su conducta, y las ventajas de la cual se podían apreciar continuamente en sus vidas:—"Que en el futuro deberían ellos esforzarse en emplear los mismos esfuerzos para hacerse la vida feliz y confortable los unos a los otros, que antes habían empleado para hacerla miserable; y, cargando con esta especie de memorándum en sus mentes, y aplicándolo en toda ocasión, harían de aquel lugar un paraíso, el cual, debido a los más errados principios de acción, habían constituido hasta ahora en domicilio de miseria." El experimento fué ensayado, y los disputantes se gozaron en las gratificaciones de esta forma de conducta; las referencias de conflicto ante el administrador aminoraron, y ahora las disputas serias casi se desconocen.

También existía una considerable cantidad de celos provenientes de la decidida preferencia que se otorgaba a una secta religiosa sobre las otras. Esto fué corregido descontinuyendo tal preferencia, y brindándole un estímulo uniforme a todos los que se conducían bien entre los de diferentes credos religiosos; se recomendó ofrecer la misma consideración a todas las opiniones honradas de cada secta, basándose en que naturalmente todos debían creer las doctrinas particulares que le fueron enseñadas, y que consecuentemente todos estaban en la misma situación, siendo imposible determinar quién estaba en lo correcto y quién equivocado. También se les inculcaba que todos debían preocuparse de la esencia de la religión, y no actuar como se había enseñado y acostumbrado al mundo a actuar; esto es, a descuidar la sustancia y esencia de la religión, dedicando el talento, el tiempo y el dinero a aquello que es mucho peor que su sombra, el sectarismo; un término con que se señala algo muy perjudicial a la sociedad, muy absurdo de hecho, y que uno que otro entusiasta bien intencionado ha añadido a la *verdadera religión*; la que sin estos defectos sería capaz de formar en poco tiempo un tipo de carácter que todo hombre sabio y bueno estaría ansioso de contemplar.

Estas declaraciones y esta conducta pusieron coto a la animosidad sectarista y a la ignorancia intolerante; cada uno retiene completa libertad de conciencia, en consecuencia, cada uno goza de la amistad sincera de muchas, y no de una sola secta. Actúan juntos con cordialidad en los distintos departamentos y quehaceres, y se asocian como si no

existieran en la comunidad sectas diversas; y no surge de ello mal alguno.

Los mismos principios fueron aplicados en la corrección de las relaciones irregulares entre los sexos; tal conducta fué reprendida y se le consideró como una desgracia; se multaba a ambos participantes en tal relación, y se usaban las multas para el fondo de sostenimiento de la comunidad.* Por el hecho desafortunado de haber ofendido una vez a las leyes y costumbres establecidas por la sociedad, no se les obligaba a convertirse en viciosos empedernidos, abandonados, y miserables. Se les dejaba la puerta abierta para que regresaran a las delicias de los buenos amigos y las relaciones estimadas socialmente; y, más allá de toda previsión, el mal disminuyó grandemente.

El sistema de recibir aprendices de las instituciones públicas de caridad fué abolido; se estimuló el sistema de residentes con grandes familias, y se construyeron casas cómodas para que se instalaran.

Se descóntinuó la práctica de emplear niños de seis, siete, y ocho años de edad en los molinos, y se aconsejó a sus padres el permitirles la adquisición de una buena salud y educación hasta la edad de diez años.**

Se enseñó a los niños lectura, escritura y aritmética durante cinco años; esto es, de los cinco a los diez años, en la escuela de la villa, sin que sus padres incurrieran en gasto alguno. Todos los adelantos modernos en educación

* Este fondo se componía de la contribución que hacía cada individuo de la sexagésima parte de sus jornales, la que bajo su propia administración se usaba en socorrer a los enfermos, los que sufrían accidentes, y los ancianos.

** Sería conveniente aclarar que aún esta edad es muy tierna para mantenerlos constantemente empleados en factorías desde las seis de la mañana hasta las siete de la noche. Convendría mucho más tanto a los niños, a sus padres, como a la sociedad, que los primeros no comenzaran a emplearse hasta que no alcanzaran la edad de doce años, cuando su educación podría estar concluída ya, y sus cuerpos en mejores condiciones de resistir la fatiga y actividad que de ellos se exigen. Cuando se pueda educar a los padres para que sin inconveniencia concedan a este tiempo adicional a sus niños, no tardarán, por supuesto, en adoptar las prácticas que aquí se recomiendan.

han sido adoptados, o están en proceso de serlo.* Por tanto, se les puede enseñar y entrenar bien antes de que se ocupen en un empleo regular. Otra consideración de importancia es que toda la instrucción se les presenta en forma tal que la consideran un placer y una delicia; se muestran más ansiosos de que comience la hora de clase que de su terminación; de ahí que demuestren un rápido progreso; y puede afirmarse sin temor a equivocarse que si no se les educa en la formación del carácter de tal manera que éste resulte el más deseable, la culpa no será de los niños; la causa residirá en la falta de un verdadero conocimiento de la naturaleza humana en aquellos que tienen a cargo la dirección de la vida tanto de los niños como de sus padres.

Mientras estos cambios progresaban, se le prestó atención a la organización doméstica de la comunidad. Se hicieron domicilios cómodos; las calles fueron mejoradas; se compraron las mejores mercancías, que se vendían a la población a precios bajos, aunque cubriendo los gastos originales, y bajo condiciones tales que les enseñaba cómo ajustar sus gastos a sus ingresos. En forma similar se les conseguía ropa y combustible, sin intentar nunca sacar ventaja alguna de esta situación, ni de usar medio alguno para engañarlos.

En esta forma, su animosidad hacia el extraño disminuyó, y se consiguió su confianza, convenciéndose ellos de que no se les trataba de hacer mal alguno; se convencieron de que existía un verdadero deseo de hacerles más felices, y esto, en aquellos aspectos en que su felicidad podía ser permanentemente mejorada. Todas las dificultades en el camino de mejoras futuras se desvanecieron. Se les enseñó a ser racionales, y actuaron racionalmente; y así ambas partes se percataron de las ventajas incalculables del sistema que se había adoptado. Los empleados se hicieron laboriosos, templados, saludables, leales a sus patronos, y bondadosos los unos con los otros; mientras que los propietarios, apenas sin supervisión, recibían los beneficios de su afecto, y en cantidad mucho mayor que aquellos que obtenían por medios que no fueran la confianza y la bondad mutuas. Tal fué el efecto de estos principios en los adultos, en

* Para evitar las inconveniencias que siempre surgen a raíz de la introducción de un credo particular en una escuela, se enseña a leer a los niños en libros tales que inculcan aquellos principios de la religión cristiana que son comunes a todas las denominaciones.

aquellos cuyos hábitos previos habían sido tan mal formados como era posible, sin olvidar que la aplicación de los principios a la práctica se realizó bajo las circunstancias más desfavorables.*

He ofrecido un detallado recuento de este experimento, aunque la aplicación parcial de los principios es de mucha menor importancia que su percepción clara y exacta, de tal manera que sean tan bien entendidos como para hacerlos fácilmente aplicables, bajo cualquier circunstancia, a cualquier comunidad. Sin esto, puede darse el caso de que hechos particulares diviertan o asombren, pero no contengan el valor sustancial que está en el fondo de los principios. Pero si la narración ayuda a conseguir ese propósito, el experimento no puede dejar de probar los métodos adecuados para conseguir la renovación de los principios morales y religiosos en el mundo, mostrando cómo surgen las diversas opiniones, modales, vicios, y virtudes de la humanidad, y cómo los mejores y los peores de éstos pueden ser enseñados a las nuevas generaciones con precisión matemática.

No se diga ya más, por tanto, que las acciones malas o perjudiciales no pueden evitarse, o que no se pueden crear universalmente los hábitos más racionales en las nuevas generaciones. En aquellos caracteres ahora criminosos, no puede buscarse la falta en el individuo, sino que el defecto proviene del sistema en que el individuo ha sido educado. Elimínense aquellas circunstancias que tienden a crear crímenes en el carácter humano, y no se creará el crimen. Sustitúyanse por aquellas otras calculadas para formar hábitos de orden, regularidad, templanza, laboriosidad, y se formarán estas cualidades. Adóptense medidas de igualdad y justicia razonables, y se obtendrá fácilmente la confianza cabal y completa de las clases bajas; procédase sistemáticamente sobre principios de consistente y perseverante bondad, manteniendo y usando siempre, con la mínima severidad posible, los medios de impedir que el crimen perjudique a la sociedad en forma inmediata, y se

* Podría suponerse que esta comunidad se hallaba aislada del resto de la sociedad; pero esta suposición sería errónea, ya que en realidad existía comunicación de día a día y de hora a hora con la población más allá de su confines. La villa real de Lanark está sólo a una milla del taller; normalmente los individuos vienen de la primera a emplearse en el último, y se mantiene así una comunicación constante entre los pueblos viejos y los nuevos.

verá que los crímenes que aún hoy existen entre los adultos también desaparecerán gradualmente. Aun la disposición de carácter peor formada, siempre que no se trate de locura, no resistirá ante una bondad firme, determinada, bien dirigida, y perseverante.

El experimento que hemos narrado muestra que esto no es mera hipótesis y teoría. Puede decirse en confianza que los principios son universales, y aplicables a todos los tiempos, personas, y circunstancias. Su más obvia aplicación consistirá en la adopción de medios racionales para eliminar las tendencias a cometer crímenes, a la vez que se aumentan las dificultades para cometerlos, mientras simultáneamente se da una dirección correcta a las facultades activas del individuo, y se suministra a éstos una cantidad suficiente de diversiones y recreo inofensivos. También se debe poner gran cuidado en eliminar las causas de celos, disensiones, e irritación en la introducción de sentimientos calculados para crear solidaridad y confianza entre los miembros de la comunidad; dirigido todo el proyecto por una bondad perseverante, que sea suficientemente evidente como para probar que existe un deseo sincero de aumentar, en vez de disminuir, la felicidad.

Estos principios, aplicados a la comunidad de Nueva Lanark, y en medio, al principio, de las más descorazonantes circunstancias, pero proseguidos perseverantemente por espacio de diez y seis años, operaron una transformación total en el carácter de la villa, la cual contaba con más de dos mil habitantes, y hacia la que había un flujo constante de gente nueva. Pero como la promulgación de milagros nuevos no es cosa para estos tiempos, no se pretende que, bajo tales circunstancias, todos y cada uno de ellos se hicieron sabios y buenos, o que estén ahora libres de todo error; pero puede afirmarse con certeza que constituyen una sociedad muy mejorada, que se han deshecho de sus peores hábitos, que desaparecerán pronto bajo la continua aplicación de los mismos principios; que durante el mencionado período apenas si se ha impuesto un castigo legal, o se han solicitado fondos parroquiales por parte de individuo alguno. No se observan borracheras en las calles, y los niños son entrenados en la institución de tal manera que forman sus caracteres sin necesidad de castigos. La comunidad muestra rasgos generales de laboriosidad, templanza, comodidad, salud y felicidad. Estos son

ahora, y serán siempre los efectos seguros de la adopción de los principios expuestos; y tales principios, aplicados con buen juicio, reformarán virtualmente la más viciosa comunidad que pueda existir, y entrenará a sus miembros más jóvenes hacia el tipo de carácter que se desee; consiguiéndose todo esto mucho más fácilmente en gran escala que en escala reducida. Sin embargo, para lograr el éxito en la aplicación práctica de estos principios, se necesita una visión bien inclusiva y detallada a la vez, de la situación real de la sociedad en la cual se pretende operar. Debe determinarse con exactitud la causa de los males más prevalentes, y utilizarse los medios que parezcan más sencillos y fáciles para eliminarlos.

En el curso de este progreso la más mínima alteración que sea suficiente para producir algún buen efecto debe ser introducida a su debido tiempo; es más, de ser posible, cada cambio debe ser tan gradual como para que parezca imperceptible, aun cuando represente una mejora permanente hacia las reformas deseadas. Mediante este procedimiento se obtendrá el mayor progreso práctico posible, pues liquidará la resistencia al cambio, y así la razón tendrá tiempo para debilitar la fuerza de prejuicios perjudiciales, que datan de hace mucho tiempo. La eliminación del primer mal preparará el cambio para la supresión del segundo; y esta facilidad irá aumentando en proporción no aritmética, sino geométrica, hasta que los propios directores del sistema sientan una satisfacción mucho mayor de la que podrían expresar respecto a la magnitud bienhechora de sus propios esfuerzos.

Tampoco puede haber retrogresión alguna en esta buena obra mientras se están instrumentando estos principios: pues la permanencia del mejoramiento corresponderá a su extensión práctica.

¿Qué impide que se adopten estos principios inmediatamente como una práctica nacional? Realmente nada, excepto la falta de una distribución general del conocimiento de su práctica. Pues conociéndose los medios seguros de evitar el crimen, ¿podría suponerse que los legisladores británicos, una vez que estos medios se les hagan evidentes, impedirán que alcancen a sus conciudadanos. No, estoy convencido que ni el príncipe, ni los ministros, ni el parlamento, ni ningún partido de la iglesia o del estado mostrarán

inclinación alguna a actuar sobre principios de tan patente injusticia. ¿No han mostrado ellos en muchas ocasiones un deseo ardiente y sincero de mejorar la condición de los súbditos del imperio, cuando se les ha explicado los medios de hacerlo, los que podrían adaptarse sin riesgo de poner en entredicho la seguridad del estado? Es cierto que rechazaron una medida de reforma, y que sabiamente han perseverado en tal negativa. Pues los defensores de esa medida, hombres patriotas y bien intencionados como son muchos de ellos, no pueden mostrar ningún buen resultado práctico a derivarse de ella, en el actual estado de ignorancia en que se ha permitido educar a la masa de la población británica. Por el contrario, ninguna criatura racional podría observar atentamente las escenas que se suscitan en cada elección general, y desear que tales escenas se aumenten. Eso sería, en verdad, desear todo menos una reforma en los modales, hábitos, y principios sobre los cuales descansa la vida de nuestros oprimidos y engañados conciudadanos. Tampoco es fácil decir quienes merecen más nuestra lástima y compasión, si aquellos que con pretensiones de conocimiento adoptan toda clase de arte para engañar--para engendrar los más perniciosos hábitos; más aún, para estimular el crimen, que luego quieren castigar estableciendo leyes--, o aquellos que sacrifican su bienestar y comodidad a tales procedimientos.

¡Póngase fin, entonces, a este abuso de los términos! Tal medida no sería, no podría constituir una reforma, mientras continúen las presentes condiciones; pues, si se adoptase ahora, pronto todo terminaría en anarquía y confusión.

Por algún tiempo sólo habrá una reforma practicable, y por tanto racional, que puede intentarse sin peligro en estos reinos; una reforma en que todos los hombres y todos los partidos pueden participar--esto es, una reforma en la educación y el trato para con los pobres, los ignorantes, los no instruídos y los no educados, o mal instruídos y mal educados, entre la masa total de la población británica; y para tal propósito se puede formular un plan escueto, sencillo, practicable, que no contenga el más mínimo peligro para ningún individuo o sector de la sociedad.

Este plan consistirá en un sistema nacional, bien asimilado y sin exclusivismos, para la formación del carácter y el

mejoramiento de las clases bajas. Basándome en la experiencia de toda una vida dedicada al asunto, no vacilo en afirmar que a los miembros de cualquier comunidad puede entrenarse a vivir *sin pereza, sin pobreza, sin crímenes, y sin castigo*; pues cada una de estas cosas es el resultado de errores en los varios sistemas que hoy prevalecen a través del mundo. *Son consecuencias necesarias de la ignorancia.*

Edúquese racionalmente a cualquier población, y ésta será racional. Provéase empleo útil y honesto a los que así se educan, y estos decididamente preferirán tales empleos en vez de las ocupaciones deshonestas y perjudiciales. Más allá de todo cálculo, de interés para todo gobierno el proveer esa educación y ese empleo; y proveer ambas cosas es cosa fácilmente realizable. Lo primero, como ya hemos dicho, se obtendría mediante un sistema nacional para la formación del carácter; lo segundo, mediante la preparación, por parte del gobierno, de una reserva de empleos para sustento de la clase obrera que no encuentre ocupación remunerativa, cuando la demanda general de trabajo—en todo el país esté por debajo de la capacidad total; es decir, una oferta de trabajo para toda la población. Este empleo gubernamental sería utilizando en obras nacionales útiles, de las cuales el público puede derivar ventajas que compensen justamente los gastos incurridos en tales obras.

El plan nacional para la formación del carácter deberá *incluir* todas las mejoras modernas en educación, sin importarle mucho el sistema de ningún individuo en particular, sin *excluir* tampoco al hijo de ningún súbdito del imperio. Cualquier cosa de esa índole constituiría un acto de intolerancia y de injusticia hacia quien fuese excluido, y un daño tan claro y manifiesto a la sociedad, que creo equivocarme al juzgar el carácter de mis conciudadanos si cualquiera de ellos con influencia en la Iglesia o el Estado estuvieron en actitud de intentar acto semejante. ¿No está meridianamente claro ante los ojos de cualquier observador que cualquier esfuerzo adicional para instrumentar la exclusión religiosa implicaría la más rápida y segura destrucción del sistema religioso presente, y hasta pondría en peligro nuestras instituciones civiles?

Podría alegarse, sin embargo, que los ministros y el parlamento tiene muchos asuntos importantes bajo discusión. Esto es evidentemente cierto; pero ¿no tienen acaso siempre

serios asuntos nacionales ocupándoles la atención? ¿Acaso puede plantearseles alguna cuestión de mayor importancia para la comunidad que aquella que afecta la formación del carácter y el bienestar de cada individuo en el imperio? Además, se trata de una cuestión que, una vez entendida, ofrecerá un medio para mejorar los ingresos de estos reinos, y en medida mucho mayor que cualquier otro plan con posibilidades de ser formulado ahora.

Sin embargo, importantes como son las consideraciones de ingreso, éstas resultan necesariamente de importancia secundaria cuando se comparan con las vidas, la libertad, y la comodidad de nuestros conciudadanos, a quienes ahora se sacrifica por falta de *una medida legislativa efectiva para evitar el crimen*. ¿Se pospondrá por más tiempo una legislación de tan vital importancia para el bienestar de todos? *¿Transcurrirá todavía un año más en que se siga inculcando el crimen en el niño, quien de aquí a diez, veinte, o treinta años padecerá la MUERTE por el hecho de que tal crimen le fué enseñado?* Tal cosa es obviamente imposible. Si tal legislación se pospone, *los individuos que integran el actual parlamento, los legisladores de nuestros días*, deberán en estricta e imparcial justicia ser juzgados con arreglo a las leyes, por no adoptar los medios a su alcance para impedir el crimen, en vez de juzgarse al pobre, ignorante, e impotente reo, cuya experiencia previa, si él poseyera un lenguaje para describirlo, mostraría una vida de incesante miseria, que proviene *exclusivamente* de los errores de la sociedad.

Aún habría mucho que añadir a problemas tan trascendentes como estos, incluso para hacerlos evidentes a las capacidades de los niños; pero por razones obvias sólo se bosquejan aquí sus líneas generales; y esperamos que estas sean suficientes para inducir a las personas de buena voluntad en todos los partidos a unirse cordialmente en esta empresa vital para la conservación de todo lo que es preciado a la sociedad.

En el próximo *Ensayo* ofreceremos un recuento de los planes que están en progreso en Nueva Lanark para el mayor bienestar de sus habitantes; también describiremos un sistema *práctico* general, por medio del cual se pueden introducir gradualmente las mismas ventajas entre las clases pobres y trabajadoras a través del Reino Unido.

TERCER ENSAYO
LOS PRINCIPIOS DE LOS ENSAYOS ANTERIORES
PUESTOS EN PRACTICA
EN UNA SITUACION PARTICULAR

La verdad deberá a la postre imponerse al error



CARTA

A los superintendentes de factorías, y en general a todos aquellos individuos que, por emplear grupos numerosos de la población, pueden fácilmente adoptar medios que formen los sentimientos y modales de tal población.

Como ustedes, yo soy fabricante para ganar dinero. Pero habiendo actuado por muchos años sobre la base de principios opuestos en muchos sentidos a aquellos en los que ustedes han sido educados, y habiendo encontrado mis procedimientos beneficiosos para otros y para mi, aun desde el punto de vista pecuniario, estoy ansioso por explicarles tan valiosos principios, de tal manera que ustedes y aquellos bajo su influencia puedan igualmente participar de sus ventajas.

En dos *Ensayos* publicados ya, he desarrollado algunos de estos principios, y en las páginas que siguen encontrarán la explicación de algunos más, junto a algunos detalles de su aplicación práctica, bajo las particulares circunstancias locales en que asumí la dirección de los talleres y la Institución de Nueva Lanark.

Por esos detalles podrán notar que desde el comienzo de mi administración consideré la población, junto a la maquinaria y todas las otras partes de la institución, como un sistema compuesto de muchas partes, que era mi interés y deber combinar de tal manera que cada mano, así

como todo resorte, palanca, y rueda cooperara efectivamente para producir la mayor ganancia pecuniaria posible para sus dueños.

Muchos de ustedes tienen vasta experiencia, en sus operaciones manufactureras, de las ventajas de una maquinaria fuerte, bien diseñada, y bien establecida.

La experiencia también les habrá mostrado la diferencia que existe en cuanto a resultados entre una maquinaria primorosa, limpia, y bien arreglada, y siempre bien reparada, y de una que se mantiene siempre sucia, en desorden, en condiciones que es imposible evitarle fricción innecesaria, y que trabaja en condiciones de deterioro.

En el primer caso, toda la economía y administración resultan buenas, cada operación se efectúa con facilidad, orden y éxito; en el segundo caso, ocurre todo lo contrario, y se observa una situación de acciones contradictorias, confusión, e insatisfacción entre todos los agentes e instrumentos que se interesan y utilizan en el proceso, lo que no puede sino crear grandes pérdidas.

Por tanto, si el cuidado debido para con el estado de la maquinaria inerte puede producir resultados tan beneficiosos, ¿qué no podría esperarse si ustedes dedicaran igual atención a su maquinaria viva, que está construída en forma mucho más maravillosa?

Cuando ustedes adquieran un conocimiento adecuado de estas máquinas, de sus curiosos mecanismos, de sus poderes de ajuste automático; cuando el verdadero y principal resorte se aplique a sus variados movimientos, se darán cuenta de su valor real, y estarán prestos a redirigir sus pensamientos más frecuentemente de sus máquinas inertes hacia las vivas; descubrirán que estas máquinas pueden ser entrenadas y dirigidas a procurar un gran aumento en la ganancia pecuniaria, mientras al mismo tiempo obtendrán de ellas una elevada y considerable gratificación.

¿Continuarán ustedes gastando grandes sumas de dinero para procurarse los mecanismos de madera, bronce, o hierro mejor diseñados; mantenerlos en buen estado; proveerse del mejor material para evitarles fricción innecesaria, e impedir que sufran deterioro prematuro? ¿Dedicarán

además años de intensa faena a entender la conexión de las varias partes de estas máquinas inertes, mejorar sus poderes efectivos, y calcular con precisión matemática todos sus más menudos y entrelazados movimientos? Y cuando en estas transacciones miden ustedes el tiempo por minutos, y el dinero gastado en el riesgo de posibles aumentos en la ganancia por fracciones; ¿no podrán ustedes dedicar alguna atención a considerar la posibilidad de que una porción de su tiempo y capital estaría mejor empleados en el mejoramiento de sus máquinas vivientes?

Basándome en una experiencia que no puede engañarme, me aventuro a asegurarles que su tiempo y dinero así empleados, dirigidos por un verdadero conocimiento de la materia, les devolverían una ganancia no de cinco, diez, o quince por ciento sobre el capital invertido, sino a menudo cincuenta y en muchos casos cien por ciento.

Yo he empleado mucho tiempo y capital en el mejoramiento de la maquinaria viviente, y pronto quedará demostrado que el tiempo y el dinero así empleados en la factoría de Nueva Lanark, aun cuando las mejoras se están realizando ahora, y sólo se han cristalizado la mitad de sus efectos beneficiosos, están produciendo una ganancia que excede al cincuenta por ciento, y pronto crearán ganancia iguales al cien por ciento sobre el capital originalmente invertido en ellas.

De hecho, después de notar los efectos beneficiosos que resultaron del cuidado debido a los implementos mecánicos, se hizo fácil para una mente reflexiva el pensar que ventajas similares se derivarían de la dedicación de atención y cuidado semejantes a los instrumentos vivientes. Y cuando se percibió que el mecanismo inerte mejoró grandemente al hacerlo firme y fuerte; que la esencia de la economía consistía en mantenerlo primoroso, pulido, limpio, y provisto regularmente con el mejor material para impedir fricción innecesaria; y mediante adecuada provisión al efecto, mantenerle bien reparado, era natural concluir que el más delicado y complejo mecanismo humano podía mejorarse entrenándolo para la fuerza y la actividad; que también constituía una verdadera economía el mantenerlo pulido y limpio, tratarlo con cuidado, de tal manera que sus movimientos mentales no experimentasen fricciones irritantes; tratar por todos los medios de hacerlo más perfecto; proveerle regularmente

una cantidad suficiente de alimento sano y otras cosas necesarias para la vida, de tal manera que el cuerpo se conservara en buenas condiciones de trabajo, previniendo su deterioro, o la aparición de decadencias prematuras.

La experiencia ha probado que estas anticipaciones son justas.

Desde que la maquinaria inanimada fué introducida en forma general en la manufactura británica, el hombre ha sido, con pocas excepciones, como una máquina secundaria e inferior; y se le ha dado más importancia a perfeccionar las materias primas de madera y metal, que aquellas del cuerpo y la mente. Si le prestan suficiente atención al asunto, encontrarán que el hombre, aun como instrumento para la creación de riqueza, todavía puede ser grandemente mejorado.

Pero, amigos míos, una consideración más interesante y gratificadora queda por mencionar. Adopten los medios que a continuación se harán claros a todo entendimiento, y no sólo podrán mejorar esos instrumentos humanos, sino que aprenderán a impartirles una excelencia tal que les haga posible sobrepasar infinitamente la que hoy poseen, y la que en todo su pasado han poseído.

He aquí, pues, un asunto que verdaderamente merece su atención; y en vez de emplear todas sus facultades en la invención de mejor maquinaria inanimada, dejen girar sus pensamientos, al menos parcialmente, hacia el descubrimiento de cómo combinar los materiales más excelentes del cuerpo y la mente, los que, mediante un experimento bien planeado, se verá que son susceptibles de un mejoramiento progresivo.

Viendo todo esto con claridad meridiana, convencidos con la certeza de la convicción misma, no permitamos que se perpetúen los males realmente innecesarios que nuestras prácticas actuales infligen a una vasta proporción de nuestros conciudadanos. Si sus intereses pecuniarios se afectaran en algo por adoptar la línea de conducta aquí sugerida, muchos de ustedes son tan ricos que no sentirán los gastos de fundar y continuar en sus establecimientos las instituciones necesarias para el mejoramiento de sus máquinas vivientes. Más cuando consigan el testimonio ocular de

que, en vez de pérdida pecuniaria, la atención bien dirigida hacia la formación del carácter y el aumento de la comodidad de aquellos que se encuentran enteramente a su merced, realmente añadirá a sus ganancias, prosperidad, y felicidad, no habrá razón, excepto aquellas que provienen de la ignorancia del interés propio, que impida que en el futuro dediquen ustedes su mayor atención a las máquinas vivientes que emplean; evitando así una acumulación de miseria humana, de la cual se hace difícil ahora formar una concepción adecuada.

Que ustedes se convenzan de esta tan valiosa verdad; que la debida reflexión les muestre como se apoya en la evidencia de datos comprobados, es el deseo sincero del

EL AUTOR



TERCER ENSAYO

Al concluir el segundo *Ensayo* prometimos ofrecer un recuento de los planes en progreso en Nueva Lanark para el continuo mejoramiento de sus habitantes, así como el esquema de un sistema práctico, mediante el cual se podrían introducir ventajas iguales entre las clases pobres y trabajadoras, a través de todo el Reino Unido.

Este recuento se hizo necesario, de tal manera que pudiera darse aunque fuera una visión limitada de los principios en que se basaban los planes del autor, y para recomendar en forma general su aplicación práctica.

Lo que se ha hecho hasta la fecha para la comunidad de Nueva Lanark, según fué descrito en el segundo Ensayo, ha consistido principalmente en *eliminar algunas de aquellas circunstancias que tendían a generar, continuar, o aumentar malos hábitos adquiridos a temprana edad; esto es, deshacer aquello que la sociedad, debido a la ignorancia, había permitido que se hiciera.*

De hecho, esto constituyó, sin embargo, una tarea mucho más difícil que la que constituye entrenar un niño desde la infancia en formas rectas de conducta, pues éste es el proceso más fácil en la formación del carácter; mientras que el desaprender o cambiar hábitos adquiridos desde hace mucho tiempo, representa un procedimiento directamente opuesto a los sentimientos más tenaces de la naturaleza humana.

Sin embargo, la aplicación de los principios, proseguida tenazmente, efectuó cambios beneficiosos en los viejos hábitos, de hecho mucho más allá de las más optimistas esperanzas de las personas que realizaron la tarea. Los principios fueron derivados del estudio de la naturaleza humana misma, y por eso no podían fracazar.

Aún así, hablando relativamente, se había hecho muy poco por esta gente. No se les había enseñado los más valiosos hábitos domésticos y sociales, tales como la forma más económica de preparar el alimento; cómo arreglar sus habitaciones con pulcritud, y mantenerlas siempre limpias y en orden. Más aún, lo que es infinitamente mucho más importante, no se les había enseñado cómo educar a sus hijos, cómo hacerlos miembros valiosos de la comunidad, o a darse cuenta de que existen principios que, si se pusieran en práctica desde la infancia, asegurarían que entre hombre y hombre existiera, sin falla, una conducta justa, franca, sincera, y benévola.

Fué en esta etapa del progreso de la reforma cuando se hizo necesario conseguir medios mediante los cuales rodearlos de circunstancias que preparan al individuo gradualmente para recibir y retener firmemente esos hábitos y adquisiciones domésticas y sociales.

Para estos propósitos se construyó un edificio, que podríamos llamar *La Nueva Institución*, en medio del establecimiento, con una área cercada ante sí. Esa área tiene el propósito de servir de campo de juego para los hijos de los habitantes de la villa, desde el momento en que pueden andar solos hasta que entran a la escuela.

Debe parecer evidente a aquellos que tienen experiencia en la observación cuidadosa de niños, que mucho bien o mal le es enseñado a, o es adquirido por un niño en un período bien temprano de su vida; que mucho de su temperamento o disposición lo forma, correcta o incorrectamente, antes de llegar a su segundo año de vida; y que recibe muchas impresiones duraderas al cabo de los primeros doce, y hasta los seis meses de su existencia. Por consiguiente, los hijos de los no instruidos o mal instruidos sufren daño material en la formación de sus caracteres durante estos y los años subsiguientes de su niñez y juventud.

Fué para prevenir, o para contrarrestar lo más posible estos males, a que las clases pobres y trabajadoras están expuestas, que el área se hizo parte de *La Nueva Institución*.

Tan pronto los niños puedan andar libremente, por su cuenta, se les admitirá en este campo de juego, y personas entrenadas para encargarse de ellos los supervisarán.

Puesto que la felicidad del hombre depende principal, si no totalmente, de sus propios sentimientos y hábitos, tanto como de aquellos de los individuos que lo rodean; y puesto que a todo niño pueden inculcársele cualesquiera sentimientos y hábitos, se hace terriblemente importante que se les inculque aquellos que pueden contribuir a su felicidad. Por consiguiente, a cada niño, al momento de hacer su entrada al campo de juego, se debe instruir, en un lenguaje que él pueda entender, que "no debe perjudicar a sus compañeros de juego, sino que, al contrario, hará todo lo que está a su alcance para hacerlos felices". Este precepto tan sencillo, cuando se entienda en todas sus consecuencias, y sumado a los hábitos que surgirán mediante su temprana adopción práctica, *asumiendo que no se introduzcan principios con efectos contrarios en la mente del niño*, reemplazará virtualmente todos los errores que hasta la fecha han mantenido al mundo en la ignorancia y la miseria. Un principio tan sencillo es, además, muy fácil de enseñar, e igualmente fácil de aprender, puesto que la ocupación principal de los superintendentes será evitar desviación alguna en su aplicación práctica. Los niños más maduros, cuando hayan experimentado las enormes ventajas que provienen de actuar sobre la base de este principio, harán, mediante su empleo, que los jóvenes que van llegando también lo practiquen; y la felicidad que estos pequeños grupos derivarán de esta conducta racional, hará que ésta sea adoptada en forma general, rápida, y ávida; además, el hábito que también adquirirán durante este temprano período de sus vidas, actuando continuamente sobre el principio ya expuesto, lo fijará firmemente; se les hará fácil y familiar, o, como se dice usualmente, se les hará natural.

De esta manera, prestando atención a la evidencia de los sentidos en lo que respecta a la naturaleza humana, desatendiendo las teorías descabelladas, inconsistentes, y absurdas en que hasta la fecha se ha educado a los hombres en todas

partes, realizaremos con facilidad y certeza la tarea hercúlea de formar un carácter racional en el hombre; y esto, además, esencialmente antes de que el niño comience su curso ordinario de educación.

El carácter así formado será tan duradero como ventajoso para el individuo y la comunidad; pues, de acuerdo con la constitución de la naturaleza humana, una vez que la mente capta plenamente lo verdadero, la impresión de esa verdad no puede borrarse a menos que no medien la enfermedad mental o la muerte; mientras que el error ha de ser abandonado a cada paso durante la vida, cada vez que su existencia pueda ser demostrada a la mente en la que ha sido alojada. Esta parte de la reforma realizará los propósitos siguientes:

El niño ha de ser separado, siempre que sea posible, y de inmediato, del trato impropio de padres que no han sido educados todavía en los nuevos principios.

Se libertará a los padres de la pérdida de tiempo, y del cuidado y la ansiedad que conlleva el atender a los niños desde el período en que andan solos hasta que entran a la escuela.

Quienes mediante la observación hayan derivado algún conocimiento de la naturaleza humana, saben que el hombre necesita, en cada situación, cierto relajamiento de sus ocupaciones constantes y regulares, no importa cuáles sean éstas; y que si no se le provee el disfrute de diversiones inocentes y sanas, participará en aquellas que pueda obtener por cualquier medio, con el fin de conseguir un escape temporal a sus trabajos, y no importa que los medios de conseguir ese escape sean los más dañinos. Pues el hombre, educado irracionalmente, se deja guiar mucho más por sentimientos inmediatos que por consideraciones remotas.

Aquellos que desean, pues, imprimirle a la humanidad el carácter que convendría a la felicidad de todos, no pueden dejar de proveer cuidadosamente para su entretenimiento y diversión.

Para eso fué que se instituyó originalmente el Sábado. Se instituyó para que fuese un día de regocijo y felicidad universal para la raza humana. Frecuentemente se le

convierte, sin embargo, y debido a los opuestos extremos del error, en un día de supersticiosa tristeza y tiranía sobre las mentes, o de la más destructiva intemperancia y licencia. Una de estas ha sido la causa de la otra; la última, la consecuencia obvia y natural de la primera.

Líbrese a la naturaleza humana de sus inhibiciones supersticiosas e inútiles; edúquesele en aquellos principios que los hechos verificados desde el comienzo de la historia hasta nuestros días dejan establecidos como los únicos principios verdaderos, y la intemperancia y la licencia desaparecerán; pues tal conducta no es en sí misma de interés inmediato o futuro para el hombre, quien se gobierna siempre por uno de esos dos criterios, dependiendo de los hábitos que le han sido inculcados desde la infancia.

El Sábado no es hoy día, en muchas partes de Escocia, un día de recreo inocente y gozo para el trabajador; tampoco aquellos que están dedicados toda la semana a ocupaciones sedentarias y pueden participar libremente, sin ser objeto de críticas, del aire y ejercicio a los que la naturaleza los invita y su salud demanda.

Los errores de los tiempos de superstición y beatería todavía tienen alguna vigencia, y obligan a quienes quieran conservar en algo su dignidad en la sociedad a mantenerse en un estado de forzada urbanidad; y tal urbanidad degenera algunas veces en hipocresía, siendo la causa a veces de gran inconsistencia. Destruye todo sentimiento de franqueza, honradez, generosidad y hombría. Disgusta a muchos, y los conduce a un extremo opuesto. En ocasiones, provoca la locura. Está basado en la ignorancia, y es contraproducente.

Durante el invierno la comunidad no goza de estas saludables tareas y diversiones; trabajan diez horas y tres cuartos cada día de la semana con excepción del domingo, y normalmente el individuo hace el mismo trabajo durante todo el período. La experiencia demuestra que la salud y la disposición promedio de la comunidad durante el invierno son en varios grados inferior a las del verano, lo que en parte puede atribuirse a esa causa.

Estas reflexiones sugirieron la necesidad que había de salones para diversiones sanas y el entretenimiento racional.

Muchos individuos bien intencionados, no acostumbrados a observar la conducta de miembros de las clases bajas, que han sido tratados y educados racionalmente, pueden creer que tales reuniones tienen necesariamente que convertirse en escenas de confusión y desorden, en vez de lo cual en la realidad se llevan a efecto con una propiedad uniforme; son altamente beneficiosos a la salud y a la buena disposición y actitud de los individuos envueltos; y si surgiera alguna irregularidad en tal práctica, la causa residirá únicamente en los directores de la actividad, y en tal caso, en su deficiente conocimiento práctico de la naturaleza humana.

Siempre ha sido y siempre será más fácil guiar a la humanidad hacia la virtud, hacia la conducta racional, proveyéndola de diversiones y entretenimientos racionales bien regulados, que forzándola a regirse por restricciones inútiles, que sólo tienden a crear disgustos, y a asociar estos sentimientos con cosas que en sí mismas son excelentes, meramente por el hecho de que han sido imprudentemente asociados.

Hasta ahora es un hecho que, en todas las épocas y en todos los países, el hombre ha parecido conspirar ciegamente contra su propia felicidad, e insistido en permanecer tan ignorante de sí mismo como lo estaba del sistema solar en los días antes de Copérnico y Galileo.

Muchos de nuestros más sabios e ilustrados antecesores se daban cuenta de esta ignorancia y lamentaron sus efectos profundamente; y algunos de ellos recomendaron la adopción parcial de los únicos principios mediante los cuales sería posible aliviar al mundo de los efectos miserables de la ignorancia. Sin embargo, aún no había llegado el tiempo propicio para la emancipación de la mente humana; el mundo no estaba preparado para recibirla. La historia demuestra que es una ley inflexible de la naturaleza el que el hombre jamás romperá prematuramente la concha de la ignorancia; que ha de esperar pacientemente hasta que el principio del conocimiento haya inundado sus entrañas, para conferirle vida y fuerza suficiente como para resistir la luz del día.

Aquellos que hayan reflexionado debidamente sobre la naturaleza y el alcance del movimiento intelectual del mundo durante el último medio siglo, se habrán dado cuenta de

que se están operando grandes transformaciones; que el hombre está a punto de dar otro paso importante hacia aquel grado de inteligencia que sus capacidades naturales parecen capaces de lograr. Observad las operaciones del momento, ved las mentes humanas en actividad plena; contemplad cómo aumentan su vigor a cada momento, preparándose para redimirse de su cautiverio. Pero, ¿cuál ha de ser la naturaleza de este cambio? Si prestamos atención debida a los hechos que nos rodean, además de a aquellos que nos han sido legados a través de la invención de la imprenta desde épocas pasadas, tendremos una contestación adecuada.

Ha sido práctica general, desde las primeras edades, actuar bajo el supuesto de que cada individuo forma su propio carácter, y que, por tanto, puede responder por todos sus sentimientos, por algunos de los cuales merece recompensa y por otros castigos. Todos los sistemas de vida humana hasta la fecha se han basado en estos principios erróneos. Cuando se les someta, sin embargo, a justa prueba, se determinará que no sólo carecen de apoyo racional, sino que se encuentran en oposición directa con toda la experiencia humana, así como con la evidencia de nuestros sentidos. Esto no constituye un leve error que envuelva sólo consecuencias triviales; es un error fundamental, de la más alta magnitud; entra en todas nuestras consideraciones concernientes al hombre desde su infancia, y constituye el solo y verdadero origen de todos los males. Genera y perpetúa la ignorancia, el odio, la venganza, donde si no fuera por error tal, reinarían la inteligencia, la confianza, la bondad. Hasta la fecha ha constituido el Espíritu Malo de este mundo. Separa al hombre del otro hombre a través de todas las regiones de la tierra, y hace enemigos de aquellos que, de otra manera habrían disfrutado de favor y sincera amistad mutua. En fin, tal error es uno que conlleva miseria en todas sus consecuencias.

Este error no podrá existir por mucho tiempo; pues de día en día se hará más patente **QUE EL CARACTER, SIN EXCEPCION ALGUNA, LE ES IMPRIMIDO AL HOMBRE; QUE PUEDE SER, Y PRINCIPALMENTE ES, CREADO POR SUS ANTECESORES; QUE ESTOS LE TRANSMITEN, O PUEDEN TRANSMITIRLE, SUS IDEAS Y HABITOS, QUE SON LOS PODERES QUE GOBIERNAN SU CONDUCTA. EL HOMBRE, POR TANTO, NUNCA FORMO, NI ES POSIBLE QUE PUEDA JAMAS FORMAR SU PROPIO CARACTER.**

El conocimiento de este hecho tan importante no ha sido derivado de ninguna de las febriles especulaciones de una imaginación anárquica; por el contrario; proviene de un estudio prolongado y paciente de la teoría y práctica de la naturaleza humana, dentro de las más variadas circunstancias; se notará que es una deducción sacada de tal multiplicidad de datos, que asegura la demostración más completa.

Si no se hubiese mal educado a la humanidad desde el principio en estas cuestiones, haciendo necesario que desaprendan lo que le ha sido enseñado, la sencilla enunciación de esta verdad la haría instantáneamente obvia a cualquier mente racional. Los hombres sabrían que sus antecesores pudieron haberle transmitido los hábitos de un canibalismo feroz, o aquellos de la más sublime benevolencia e inteligencia conocidas. Mediante la adquisición de este conocimiento pronto aprenderían que como padres, preceptores, y legisladores a un tiempo, poseen los medios para el entrenamiento de las nuevas generaciones en cualesquiera de esos dos extremos. Que pueden, con la más absoluta certeza, hacerles adoradores fervientes de Jagannata, o del más puro espíritu contenido en la esencia misma de cuanta excelencia pueda concebir la imaginación humana. Que pueden entrenar a los jóvenes a ser afeminados, engañadores, ignorantemente egoístas, destempiados, vengativos, asesinos-- y por supuesto ignorantes, irracionales, y miserables; a ser varoniles; justos, generosos, templados, activos, bondadosos, y benevolentes, --esto es, inteligentes, racionales y felices. Habiendo derivado el conocimiento de estos principios de hechos que existen permanentemente, precisa gran ingeniosidad para refutarlos; por el contrario, el más severo examen demostrará que son absolutamente incontestables.

¿Puede llamarse sabiduría al pensar y obrar contrario a hechos que saltan a la vista constantemente, o contrario a la evidencia de los sentidos? Si preguntamos a los hombres más avisados y sabios de la época, insistiendo en que nos hablen sinceramente, sin duda nos dirán que hace tiempo les consta la falsedad de los principios en que hasta hoy se ha fundado la sociedad. Sin embargo, hasta la fecha, la corriente de la opinión pública ha sido dirigida por una combinación de prejuicio, beatería y fanatismo, derivados todos de las más erráticas fantasías de la ignorancia; por lo que los hombres más ilustres no se han atrevido a desenmascarar los errores que ante su conciencia resultan más ofensivos, prominentes y escandalosos.

Afortunadamente para el hombre, este imperio de la ignorancia se acerca rápidamente a su disolución; sus terrores se están desvaneciendo ya, y pronto serán forzados a una desaparición sin retorno. Pues ahora el conocimiento de los errores imperantes no es posesión exclusiva de los eruditos y personas dedicadas a la reflexión, sino que se está esparciendo ampliamente a través de toda la sociedad, y antes de que transcurra mucho tiempo podrá ser comprendido aún por los más ignorantes.

Se intentará, por supuesto, por parte de algunos individuos que por ignorancia confunden sus verdaderos intereses, retardar el proceso de este conocimiento; pero como éste dejará establecida su afinidad con la evidencia de nuestros sentidos, y por tanto su veracidad más allá de toda duda, no será impedido, y su transcurso liquidará toda oposición.

Estos principios sin embargo, cuando se les aplica adecuadamente, serán tan beneficiosos en la práctica, como son verídicos en teoría. ¿Por qué, cabe preguntarse entonces, habrán de sustraerse por más tiempo de la humanidad entera sus ventajas sustanciales? Cabe la posibilidad de que se considere criminal el ensayar el único medio práctico que en ser racional puede adoptar para aliviar la miseria humana y aumentar su felicidad?

Estos problemas, que son del más profundo interés para la sociedad, son sometidos ahora a la prueba razonable del experimento público. Queda por demostrar si el carácter humano seguirá formándose al amparo de las más inconsistentes mociones, errores que por centurias han parecido tales a todo ser humano reflexivo, o si, por el contrario, habrá de ser moldeado bajo la dirección de principios consistentes y uniformes, derivados de los hechos permanentes de la creación, cuya veracidad ninguna persona en su sano juicio intentaría negar.

Por tanto, es mediante la revelación plena y total de estos principios que se conseguirá la destrucción de la ignorancia y la miseria, y se establecerá firmemente el imperio de la razón, la inteligencia y la felicidad.

Era necesario ofrecer este desarrollo de los principios que aquí defiendo, de tal manera que las partes restantes de la Nueva Institución, por describirse aún, puedan

comprenderse claramente. Pasamos ahora a la explicación de los diversos propósitos que servirán la Escuela, el Salón de Conferencias, y la Iglesia.

Debe ser evidente a todos aquellos que no hayan perdido su capacidad de razonar, que actualmente al hombre se le enseña una teoría y una práctica que se hallan en conflicto abierto la una con la otra. De ahí las perpetuas inconsistencias, tonterías, y absurdos que cada cual puede notar en sus vecinos, sin darse cuenta de que es víctima de incongruencias similares. La instrucción que ha de ofrecerse en la Escuela, el Salón de Conferencias, y la Iglesia estará dirigida a contrarrestar y remediar el mal, y a demostrar las ventajas incalculables que la sociedad derivaría de la adopción de una teoría y una práctica consistentes entre sí. El último piso de la Nueva Institución será preparado para servir de Escuela, Salón de Conferencias, e Iglesias. Estas divisiones de la institución están ideadas para ejercer una influencia directa en la formación del carácter de los habitantes de la villa.

Comparativamente, es de poco valor repetir a niños o viejos "precepto sobre precepto, y sentencia sobre sentencia", *excepto si se proveen los medios para entrenarlos en buenos hábitos prácticos*. De ahí que una buena educación para los no educados y para los mal educados, es de importancia primordial para el bienestar social. Y esto ha sido precisamente lo que ha influido en todos los arreglos concernientes a la Nueva Institución.

El tiempo invertido por los niños bajo la disciplina de los campos de juego y la escuela, brindará todas las oportunidades deseables para la creación, cultivo y adquisición definitiva de aquellos hábitos y sentimientos que propendan al bienestar del individuo y la comunidad. En conformidad con este plan de trabajo, ha de renovarse y exigirse a la entrada en la escuela aquel precepto enseñado a los niños a los dos años de edad: "tratar siempre de hacer felices a sus compañeros." El deber principal del maestro será el inculcar en sus discípulos el hábito de actuar siempre sobre la base de este principio. Este principio es en verdad una regla sencilla, y es posible enseñar a niños de muy temprana edad las razones obvias y patentes que los justifican. Conforme estos van madurando, se van familiarizando con su práctica, y van experimentando sus efectos beneficiosos

para sí mismos, y estarán en mejor posición de comprender todas sus consecuencias importantes para la sociedad.

Establecidos ya los fundamentos sobre los cuales han de erigirse los hábitos prácticos de la niñez, pasamos a explicar su superestructura.

Además de la teoría y la práctica del precepto antes mencionado, la escuela enseñará a los educandos a leer y a comprender lo que leen; a escribir adecuadamente y en forma legible; y una comprensión correcta de las reglas fundamentales de la aritmética, de manera que puedan usarlas con facilidad. Se enseñará a las niñas a coser, cortar, y confeccionar vestimentas útiles a la familia; y después de alcanzar suficiente destreza en estos menesteres, servirán en rotación en las cocinas y comedores públicos; aprenderán a preparar alimentos en forma saludable y económica, además de mantener una casa pulcra y bien organizada.

Ha quedado establecido que los niños aprenderán a leer bien, y a entender lo que leen.

En muchas escuelas a los niños de las clases trabajadoras nunca se les enseña a entender lo que leen; por supuesto, el tiempo utilizado en esa burla de la enseñanza se pierde; en otras escuelas, merced de la ignorancia de los instructores, se enseña a los niños a creer sin razonar, y por consiguiente, a no pensar jamás, o razonar correctamente. Estas prácticas verdaderamente lamentables no hacen sino indisponer las mentes jóvenes contra la enseñanza escueta, sencilla y racional.

Los libros que se utilizan tradicionalmente para enseñar a leer a los niños les familiarizan con todo menos con aquello que, a su edad, debieran estar aprendiendo. De ahí las inconsistencias y tonterías de los adultos. Hace tiempo que llegó la hora de cambiar este sistema. *¿Puede el hombre, en posesión cabal de sus facultades, formar un juicio racional sobre cuestión alguna, sin antes examinar todos los datos que se conozcan respecto del asunto? ¿No ha sido este acaso el único medio, y lo seguirá siendo, mediante el cual puede lograrse el conocimiento humano?* Debe instruirse a los niños en estos principios. Se les debe inculcar en primer lugar el conocimiento de los hechos,

empezando con aquellos que son más conocidos a la mente joven, y continuando luego con aquellos cuyo conocimiento es más útil y necesario a cada individuo según el rango y función que probablemente ocupará en la vida. En todo caso se ofrecerá a los niños la explicación más clara de los hechos que sea compatible con su madurez mental, adoptando explicaciones más detalladas conforme el niño va adquiriendo fortaleza y capacidad intelectuales.

Tan pronto como la mente juvenil esté preparada para ello, el instructor no perderá oportunidad alguna que le facilite establecer la conexión clara e inseparable que existe entre los intereses y la felicidad de cada individuo y los intereses y la felicidad de los demás. Este deberá ser el principio y el fin de toda su enseñanza; y con el tiempo esto será también comprendido por sus discípulos, quienes obtendrán la misma convicción sobre su verdad que aquellos familiarizados con la matemática tienen sobre las demostraciones de Euclides. Cuando queden así comprendido el principio que prevalece a través de toda vida conocida, a saber, la búsqueda de la felicidad, los obligará a realizarla en la práctica sin desviación alguna.

Es de lamentar que se desconozcan tanto la capacidad y fortaleza de las mentes juveniles; sus facultades han sido juzgadas hasta la fecha por la estupidez de la enseñanza que se les ha ofrecido. Por el contrario, si nunca se les hubiera inculcado el error, mostrarían rápidamente tales potencialidades mentales que convencerían al más incrédulo respecto a la medida en que el intelecto humano ha sido perjudicado por la ignorancia inherente a las formas en que se le ha tratado en el pasado y en el presente.

Es de sobrada importancia, por tanto, que la mente reciba desde su infancia sólo aquellas ideas que sean consistentes entre sí, que correspondan a los hechos conocidos de la creación, y que, en consecuencia, sean verdaderas. Sin embargo, en la actualidad las mentes juveniles, desde el momento mismo del nacimiento, están sujetas a nociones falsas sobre sí mismas y sobre la humanidad; y en vez de ser conducidas por el camino recto que lleva a la salud y la felicidad, son objeto de lastimosas artimañas para obligarles a proseguir la dirección opuesta, que solo culmina en la inconsistencia y el error.

Póngase en efecto el plan que ha sido aquí recomendado, en forma consistente y desde la infancia, cuidándose de que el sistema de educación imperante ahora no lo *contrarreste*, y se formarán caracteres, desde la juventud, que en conocimiento verdadero y toda clase de cualidad valiosa no sólo superarán a los sabios y eruditos de pasadas épocas, sino que aparecerán, lo que en realidad llegarán a ser, como una raza de seres racionales o superiores. Por supuesto, este cambio no puede establecerse instantáneamente; no puede crearse mágica o milagrosamente, sino que ha de realizarse en forma gradual, y para instrumentarlo en forma final se tomará mucho trabajo y años, Pues aquellos que fueron desde su infancia mal educados, y que ahora son influyentes miembros de la comunidad y muy activos en ella, y cuya actividad está inspirada por las falsas nociones de sus antepasados, tratarán, naturalmente, de obstruir el cambio. Aquellos en quienes se ha implantado desde temprano el error, y en buena conciencia lo consideran como verdad, tratarán necesariamente, y mientras perduren tales errores, de perpetuarlos en su descendencia. En consecuencia se necesita urgentemente algún método sencillo, aunque general, que *contrarreste* lo más pronto posible un mal de magnitud tan formidable.

Fué este análisis de la situación lo que sugirió la utilidad de buscar los medios de introducir conferencias vespertinas en la Nueva Institución; y se planea ofrecerlas durante el invierno, tres veces por semana, alternando con los bailes.

Para personas mal educadas y mal entrenadas, estas conferencias pueden resultar de valor inestimable; y el número de estos es ahora bien crecido, puesto que a la mayor parte de la población mundial le ha sido permitido pasar por la edad propia para la instrucción sin entrenamiento alguno hacia su racionalidad; de esta manera sólo han adquirido las ideas y los hábitos que resultan de asociaciones inconscientes y enseñanzas erróneas.

Estas conferencias están planeadas como discursos informales, dichos en lenguaje sencillo pero impresionante, para instruir a la parte adulta de la población en los aspectos más útiles del conocimiento práctico en que se encuentren deficientes, especialmente en los métodos propios de la educación racional de los niños, en cosas como la forma de usar los frutos de su trabajo ventajosamente, y

en cómo apropiarse las ganancias en exceso que se le concederán, para crear un fondo que los libere de la ansiedad y el miedo a necesidades futuras, creando en ellos, aún bajo los muchos errores del actual sistema, aquella confianza racional en sus propios esfuerzos y buena conducta sin la cual no pueden obtenerse, ni son de esperarse, la consistencia en el carácter ni el confort doméstico. Puede también interrogarse a la gente joven sobre su progreso en conocimientos útiles, y permitirseles pedir explicaciones. En fin, estas conferencias pueden transmitir, en forma entretenida y agradable, información sustancial y altamente valiosa para aquellos que son ahora el sector más ignorante de la comunidad; y por medios similares, que pueden a un costo bajísimo ponerse en efecto a través de todo el reino, pueden conferirse a las clases trabajadoras, y mediante éstas a toda la masa social, los más importantes beneficios.

Hay que tomarse en cuenta el hecho de que *la mayor parte de la población pertenece a, o proviene de las clases trabajadoras, y que mediante ellas se influye esencialmente en la felicidad y el confort de todos los estratos sociales*; pues el carácter de los niños se forma mucho más bajo la influencia de los sirvientes de lo que se acostumbra a creer por aquellos que no observan atentamente la trayectoria de la mente humana desde su más temprana infancia. Es del todo imposible que no pueda educarse bien a los niños, si quienes les rodean no están a su vez bien educados previamente; siendo el valor de los buenos sirvientes fácilmente apreciado por aquellos que han observado la gran diferencia existente entre los peores y los mejores.

La última parte de los arreglos de la *Nueva Institución* queda aún por describirse. Se refiere a la Iglesia y sus doctrinas, y envuelve consideraciones de la mayor importancia e intereses; pues el conocimiento de la verdad en materia religiosa establecería definitivamente la felicidad humana, ya que es tan sólo debido a las inconsistencias, que proceden de la ausencia de este conocimiento, que han surgido y surgen aún mayor parte de las miserias que existen en el mundo.

El único criterio de verdad estriba en la consistencia de ésta consigo misma; pues la verdad ha de permanecer una e idéntica desde todos los puntos de vista y todas las comparaciones a que se le someta, mientras que el error no

resistiría la prueba de esta comparación e investigación, conduciendo siempre a conclusiones absurdas.

Aquellos cuyas mentes puedan funcionar a la altura de esta cuestión se habrán percatado, en lo que va de argumentación, de que los principios en que se ha educado a la humanidad hasta el día de hoy, y que han gobernado su conducta, no resistirá la prueba de este criterio. Si se investigan y se someten a crítica, resultarán absurdos, tontos, y débiles; y de ahí la infinidad de opiniones contradictorias, disensiones y miserias que han imperado hasta nuestros días.

Si uno siquiera de los varios sistemas opuestos que han imperado en el mundo, y que han apartado al hombre del otro hombre, hubiese sido verdadero, sin mezcla alguna de error, se hubiese diseminado por toda la sociedad y obligado a la gente a reconocer su verdad, a bien corto plazo de su promulgación.

El criterio que hemos establecido, sin embargo, muestra como todos, sin excepción alguna, son en parte inconsistentes con la obra de la naturaleza; esto es, con los fenómenos que existen a nuestro alrededor. Esos sistemas han debido contener, por tanto, algún error fundamental; y es del todo imposible para el hombre el hacerse racional, o disfrutar de la felicidad que es capaz de alcanzar, mientras no se descubran y extirpen esos errores.

Cada uno de esos sistemas contiene alguna verdad, mezclada con una gran cantidad de error; de ahí que ninguno haya alcanzado, o tenga oportunidad de alcanzar universalidad.

La verdad contenida en esos sistemas sirve sólo para encubrir y perpetuar los errores de que adolecen; pero tales errores saltan más a la vista de aquellos que no fueron instruídos en ellos desde su infancia.

¿Se necesita prueba alguna para estas aseveraciones? Preguntad sucesivamente a aquellos que son tenidos por los más inteligentes e ilustrados de cada secta o partido por su opinión respecto de cada secta o partido a través de todo el mundo... ¿No es acaso evidente que, sin excepción alguna, la contestación de cada uno será en el sentido de que todos contienen errores tan claramente opuestos a la

razón y la equidad, que lo que sientan es lástima y compasión por aquellos individuos cuyas mentes han sido de tal manera pervertidas y dadas a la irracionalidad? y esta respuesta será dada por todos, sin percatarse de que cada uno está incluido en el número de los compadecidos.

Las doctrinas enseñadas a cada una de las sectas conocidas, junto a las circunstancias externas que las han rodeado, han sido planeadas directamente para que, sin posibilidad de fallar su objetivo, produjeran los caracteres que han existido; y las doctrinas que se enseñan ahora a los habitantes del planeta, junto a las circunstancias externas con que se les rodea, forman los caracteres que en la actualidad caracterizan nuestra sociedad.

Las doctrinas que se han enseñado y se enseñan en la actualidad a través de todo el mundo tienden necesariamente a crear y perpetuar entre los hombres, y de hecho; crean y perpetúan, una total carencia de caridad intelectual. Generan también superstición, beatería, hipocresía, odio, venganza, guerra, y todas sus males consecuencias. Pues ha sido y es un principio fundamental en todo sistema inculcado hasta la fecha, con excepciones más nominales que reales: "Que el hombre se hará meritorio, y recibirá recompensa eterna, si cree en las doctrinas de ese particular sistema; que será castigado eternamente si no cree en ellas; y también que los numerosos individuos que a través del tiempo no han sido adoctrinados en los fundamentos de este sistema, quedan condenados a miseria eterna". Sin embargo, la naturaleza misma, en todas sus manifestaciones, obra perpetuamente para disuadir al hombre de tales absurdos.

Pues bien, mis queridos conciudadanos, créanme, en aras de su futura felicidad, que, los hechos a nuestro alrededor, si los observan bien, demostrarán a la sociedad que tales doctrinas son necesariamente falsas, pues la voluntad del hombre no tiene control alguno sobre sus opiniones; este ha de creer, siempre lo ha hecho así, lo que ha sido, es, o pueda ser inculcado en su mente por sus antecesores, y por las circunstancias que le rodean. Constituye la esencia misma de la irracionalidad el creer que ser humano alguno, desde la creación hasta nuestros días, pueda merecer alabanza o censura, premio o castigo, por reaccionar conforme a los supuestos de su temprana educación.

Es de estos errores fundamentales, inherentes a todos los sistemas con que la mayor parte de la humanidad ha sido adoctrinada, que ha surgido en medida tan considerable la miseria de la raza humana; y como resultado de ello, al hombre siempre se le ha enseñado desde la infancia a creer en cosas absurdas. aún hoy se le enseña a proseguir el mismo insensato curso de acción y el resultado sigue siendo la miseria. Desenmascárense públicamente estas fuentes de infelicidad, estos lamentables errores, esta maldición de la raza humana; e introdúzcanse aquellos atinados principios cuya veracidad quede demostrada por su consistencia uniforme, por la evidencia de nuestros sentidos, y se verán desaparecer por mucho tiempo la insinceridad, el odio, la venganza, y el deseo mismo de perjudicar al prójimo. Los caracteres distintivos de la naturaleza humana serán entonces la caridad en nuestros pensamientos, la benevolencia sentida en el corazón, y los actos de bondad de los unos para con los otros.

Podrá darse el caso entonces, ante el grado de miseria más avanzado y diseminado por toda la sociedad, desde el príncipe hasta el jornalero, a través de todas las naciones del mundo, de que se conozcan sus causas y posibles remedios y se mantengan éstos fuera de conocimientos públicos. Sin embargo, el conocimiento de estas causas no puede comunicarse sin que se ofendan los más profundos prejuicios de la generalidad de los hombres. La tarea está, pues, repleta de dificultades, que sólo pueden ser superadas por quienes, previendo todas sus importantes consecuencias prácticas, estén dispuestos a luchar contra todos los obstáculos.

Más, difícil como es el establecimiento de esta gran verdad a través de toda la sociedad, debido a los grandes y crasos errores en que se ha educado a la humanidad hasta el día de hoy, podrá determinarse, cuando la materia haya sido investigada en forma completa, que los principios que ahora se proponen no pueden, bajo eventualidad alguna, perjudicar a nadie, ni colectiva ni individualmente. Muy por el contrario, no existe miembro alguno de entre la gran familia humana, desde los más encumbrados hasta los más humildes, que no pueda derivar importantísimos beneficios de su promulgación pública. Y cuando se vean claramente, y se sientan más profundamente aún tan incalculables, sutanciales y permanentes ventajas, ¿será posible poner en su camino, en forma de competencia,

consideraciones de tipo individualista? No, pues el descanso, la comodidad, la buena opinión que de nosotros pueda tener un sector de la sociedad, y aún la vida misma, pueden ser sacrificados en aras de esos prejuicios, y sin embargo, los principios que fundamentan este conocimiento prevalecerán en última instancia, y universalmente.

Este gran acontecimiento, de magnitud sin igual en la historia de la humanidad, queda confiadamente predicho; pues el conocimiento de donde arranca esta confianza no se ha derivado de ninguna de las inciertas leyendas de los días de ignorancia tenebrosa y crasa, sino de los hechos escuetos y obvios que se constatan a través de todo el mundo. La debida atención a estos hechos, a estas verdaderas obras reveladas de la naturaleza, bien pronto enseñarán, de hecho obligarán a la humanidad a descubrir los errores universales en que se la ha educado hasta la fecha.

El principio, pues, en que se propone basar las doctrinas que se enseñan en la *Nueva Institución*, es que estas doctrinas armonicen con hechos tan universalmente revelados que sean necesariamente ciertos.

Ofrecemos a continuación algunos de los hechos que con relación a esta parte de la empresa, pueden considerarse fundamentales.

Que el hombre nace con el deseo de obtener su felicidad, deseo que constituye la causa primaria de todas sus acciones; este deseo persiste durante toda su vida, y se le llama en lenguaje popular interés propio.

Que también nace con propensiones animales, o sea, el deseo de mantenerse, gozar, y propagar la vida; y estos deseos, al crecer y desarrollarse, se les denomina inclinaciones naturales.

Que nace también con facultades, que en su crecimiento reciben, transmiten, y comparan ideas, y que se hacen conscientes de que reciben y comparan tales ideas.

Que las ideas así recibidas, transmitidas, comparadas, y entendidas, constituyen el conocimiento humano, o la mente, que adquiere fuerza y madurez con el crecimiento del individuo.

Que el deseo de la felicidad en el hombre, las semillas de sus inclinaciones naturales, y las facultades mediante las cuales adquiere conocimiento se forman, de manera desconocida para él, en el vientre de la madre; y sean estas perfectas o imperfectas, son la obra inmediata del Creador, sobre la cual ni el niño ni el adulto tienen control alguno,

Que estas inclinaciones y facultades no se forman exactamente de igual manera en ningún par de individuos; de ahí la diversidad de talentos, y todas esas variadas impresiones que llamamos gusto y disgusto, que los mismos objetos externos operan en diferentes personas, a pesar de la poca variedad que existe entre hombres que aparentemente se han formado bajo circunstancias similares.

Que el conocimiento que el hombre recibe se deriva de objetos de su alrededor, principalmente del ejemplo y la instrucción de sus antecesores inmediatos. Que este conocimiento puede ser de naturaleza limitada o extensa, verdadero o falso; es limitado cuando el individuo recibe pocas, y extensa cuando recibe muchas ideas; es erróneo cuando esas ideas no concuerdan con los hechos que existen a su alrededor, y verdadero cuando son uniformemente consistentes con esos hechos.

Que la miseria que el individuo experimenta, y la felicidad de que goza, dependen de la naturaleza y el grado del conocimiento que recibe, y del que poseen aquellos que le rodean.

Que cuando el conocimiento que el individuo obtiene es verdadero, sin mezcla de error, aunque sea limitado, y se da el caso que la comunidad en que vive posee la misma clase y grado de conocimiento, disfrutará de felicidad en proporción a la cantidad de conocimientos que posea. Por el contrario, cuando las opiniones que recibe son erróneas, serán erróneas también las de la comunidad en que reside, y su miseria será proporcional a la cantidad de tales opiniones erróneas.

Que cuando el conocimiento que el hombre tiene se extienda a su límite máximo, y que sea tan verdadero que no contenga mezcla alguna de error, entonces disfrutará de toda la felicidad que su naturaleza le permitirá.

Que, en consecuencia, se da primordial y esencial importancia a que se le enseñe al hombre a distinguir la verdad del error. Que el hombre no tiene otra forma de descubrir lo falso sino mediante su facultad racional, o capacidad para adquirir y comparar las ideas que recibe. Que cuando esta facultad se cultiva y entrena adecuadamente desde la infancia, y se le enseña al niño racionalmente a no retener impresiones o ideas que aparezcan inconsistentes a la luz de su capacidad de compararlas, es cuando el individuo adquirirá un conocimiento real, o sea sólo aquellas ideas que dejen una impresión de su consistencia, o su verdad, en todas las mentes no pervertidas ya irracionalmente por métodos opuestos.

Que la facultad racional puede ser dañada y destruída durante su crecimiento, sometiéndola reiteradamente a impresiones que proceden de nociones que no se derivan de realidad alguna, y que por tanto no resisten comparación con ideas previamente recibidas de los objetos circundantes. Y cuando la mente recibe estas nociones imposibles de entender, junto con aquellas ideas que conscientemente considera verdaderas; pero inconsistentes con tales nociones, las facultades racionales se pervierten, se obliga al individuo a creer a la fuerza, en vez de pensar o razonar, y es así que surgen defectos en las capacidades de juicio, y la locura parcial.

Que es así como se educa erróneamente a los hombres en la actualidad, y de ahí las inconsistencias y la miseria del mundo.

Que los errores fundamentales inculcados ahora desde la infancia en las mentes de los hombres, de donde proceden todos sus otros errores, se deben al hecho de que estos forman sus caracteres individuales, y obtienen mérito o demérito en verdad de las peculiares nociones inculcadas en la mente durante el desarrollo infantil, antes de que éste haya adquirido fortaleza y experiencia para juzgar, o resistir, las impresiones de estas nociones y opiniones, que al investigarse aparecen con contradicciones a los hechos circundantes, y que son por tanto falsos.

Que estas falsas nociones siempre han producido mal y miserias en el mundo, y que todavía están siendo diseminadas en todas direcciones.

Que la única causa de su existencia ha sido hasta ahora la ignorancia del hombre sobre la naturaleza humana, mientras sus consecuencias han sido el mal y la miseria que han afligido al hombre. Exceptuando aquellos que se originan en accidentes, la enfermedad y la muerte aumentan en gran medida, y se extienden debido a esta ignorancia del hombre respecto de sí mismo.

Que en la medida que el deseo humano de la propia felicidad, o del amor propio, sean dirigidos por un conocimiento verdadero, abundarán aquellas acciones que se consideran beneficiosas al hombre; que, en la medida que éstas sean influenciadas por nociones falsas, o la ausencia de conocimiento verdadero, prevalecerá aquel tipo de acción que genera crímenes, de los cuales surgen una variedad interminable de miseria; y, en consecuencia, que debe adoptarse ahora toda fórmula racional posible que contribuya a redimir del error y aumentar el conocimiento entre los hombres.

Que cuando estas verdades se hagan evidentes, todo el mundo tratará necesariamente de promover la felicidad de todos los demás dentro de su esfera de acción; porque habrá de comprenderse claramente otro hecho, sin lugar a dudas: que tal conducta constituye la esencia del propio interés y la causa verdadera de la propia felicidad.

He aquí pues, un fundamento firme sobre el cual erigir una religión vital, pura y sin mancha; y la única que, sin mal alguno que la contrarreste, ofrecerá paz y felicidad al hombre.

A poner en práctica, en la formación del carácter humano, estas verdades tan importantes, se dirige principalmente el aspecto religioso de la *Institución de Nueva Lanark*, y estos son los principios fundamentales sobre los cuales obrará el Instructor.

Así, estos han sido públicamente anunciados ante todos los hombres, de tal manera que sean objetos de discusión, y del escrutinio e investigación más serenas.

Que aquellos, pues, que se consideran los más eruditos y sabios a través de todas las naciones e imperios del mundo, examinen sus fundamentos, y los juzguen a la luz de cuantos hechos existen; y si se descubriese en ellos la

menor sombra de inconsistencia o falsedad, que se publiquen, de tal manera que tales errores sean corregidos.

Pero si estos principios, sobrevivieran a tan extensa prueba, y demostraran consistencia uniforme con todos los hechos conocidos, siendo por tanto verdaderos, declárese entonces que es posible al hombre el hacerse racional y que la miseria del mundo puede ser rápidamente terminada.

Habiendo aludido ya los usos principales del campo de juego, de la Escuela, del Salón de Conferencias, y de la Iglesia, nos resta, para completar el cuadro de la *Nueva Institución*, explicar el objeto del ejercicio físico, mencionado ya cuando establecimos los propósitos del campo de juego.

Si todos los hombres fueran racionales, el arte de la guerra se haría innecesario. Sin embargo, mientras se continúe enseñando a un sector cualquiera de la comunidad a que formen sus propios caracteres, y continúen siendo educados desde su infancia para pensar y actuar irracionalmente, esto es, para adquirir sentimientos de enemistad; y a considerar como un deber la práctica de la guerra contra aquellos que han sido educados en sentimientos y hábitos diferentes, y a pensar y actuar de diferente manera, aún los más racionales han de aprender a defenderse por motivos de seguridad personal; y cualquier comunidad compuesta de caracteres de este tipo, mientras esté rodeado por hombres impropriamente educados, necesita adquirir conocimiento de este arte destructivo, de tal manera que sean capaces de contrarrestar las acciones de los seres irracionales, y mantener así la paz.

Para realizar estos objetivos en su máximo grado práctico, y con la menor inconveniencia posible, cada varón debe aprender la mejor forma de defender la comunidad a que pertenece cuando ésta sea atacada. Estas ventajas se conseguirán sólo si se proveen los medios adecuados para la instrucción de todos los niños en el uso de las armas y en el arte de la guerra.

Como un ejemplo de cuán fácil y efectivamente puede conseguirse este objetivo en las Islas Británicas, se propone aquí que los niños educados y entrenados en la *Institución de Nueva Lanark* sean instruídos así: que la persona

a cargo de atender a los niños en el campo del juego esté cualificada para entrenar y enseñar a estos, en el ejercicio manual, y que esto se haga frecuentemente. Que después de esto se provea a los niños con armas de fuego de peso y tamaño proporcionados a la edad y fuerza de los niños; y que para este tiempo pueda enseñársele a practicar y comprender movimientos militares un poco más complicados.

Propiamente administrado, este ejercicio contribuirá gradualmente a la salud y sentimiento vital de los niños. Les dotará de una forma física propia y esbelta, y de hábitos de atención, rapidez y orden. Se les enseñará a considerar este ejercicio como un arte absolutamente necesario, debido a la locura parcial de algunos de sus prójimos, causada por los errores de sus antecesores transmitidos a través de las generaciones precedentes, generaciones que fueron educadas para la adquisición de sentimientos de enemistad, de creciente ira, contra aquellos que no podrían evitar diferir de ellos en sentimientos y hábitos. Que este arte nunca deberá ponerse en práctica, excepto para frenar la violencia de tales dementes, y en estos casos deberá ser administrado con la menor severidad posible, y sólo para evitar las malas consecuencias de las acciones festinadas de personas dementes, y si es posible para curarle de su enfermedad.

Así, en unos pocos años podrá sustituirse, mediante la previsión y el planeamiento, casi todos los gastos e inconveniencias que se relacionan con la organización militar local, y en su lugar podrá crearse una fuerza permanente que en números, disciplinas, y principios, será, para propósitos de defensa, superior más allá de toda posible comparación a la actualmente existente; lista siempre en caso de necesidad, pero sin las pérdidas en que ahora incurre la comunidad en términos de trabajo eficiente y valioso. Los gastos que se evitarían mediante este simple procedimiento, serían más que suficientes para educar las clases pobres y trabajadoras de estos reinos.

Existe aún otra medida a implantar en la comunidad de Nueva Lanark sin la cual dicho establecimiento quedaría incompleto.

Se trata de un procedimiento que habilite a los individuos mediante su propia previsión, prudencia y laboriosidad

para asegurarse a sí mismos en su vejez un asilo e ingreso confortable.

Los que actualmente trabajan en el establecimiento contribuyen a un fondo que los mantendrá cuando estén enfermos para trabajar, o demasiado viejos. Sin embargo, éste no estará destinado a darles más que una precaria existencia y es ciertamente deseable que después que hayan empleado medio siglo en incansable laboreo, estos trabajadores, al declinar sus fuerzas, gocen, si es posible, de una independencia holgada.

Para conseguir este propósito se piensa erigir, en la localidad más agradable de las cercanías de esta villa, viviendas aseadas y convenientes, con sus jardines adyacentes. Se piensa rodear y proteger estos edificios con plantíos, a través de los cuales se deberán construir caminos públicos, y todo para ofrecer a sus ocupantes las más substanciales comodidades. Estas viviendas, con sus privilegios de caminos públicos, etc., serán propiedad de aquellos individuos que voluntariamente contribuyan con tan modestas sumas mensuales que, dentro de cierto número de años, equivalgan a haberlas comprado; y para crear un fondo del cual cuando estos individuos ocupen sus nuevas residencias reciban semanal, mensual o trimestralmente pagos suficientes para su mantenimiento, gastos que puedan ser reducidos a un bien bajo nivel individual mediante arreglos que le faciliten la satisfacción de todos sus necesidades, sin muchas molestias para ellos. Su educación previa les habilitará para el pago de las pequeñas suscripciones adicionales que se requieran para estos propósitos.

Este aspecto de la institución presentaría siempre posibilidades de descanso, comodidad y felicidad a los que allí se empleen. En consecuencia, sus tareas diarias serían realizadas con más vitalidad y alegría, y sus trabajos parecerían relativamente livianos y fáciles. Aquellos que estuviesen aún activos en el trabajo visitarían con frecuencia a sus compañeros y amigos de antes, quienes tras haber terminado sus años de trabajo fuerte disfrutarían ahora del placer de un sencillito retiro; y de esta relación cada grupo derivaría naturalmente gran placer. Las reflexiones de cada uno serían en este sentido muy gratificadoras. Los ancianos se regocijarán del hecho de haber estado educados en hábitos de laboriosidad, temperancia y previsión, que habilitan para

aceptar y disfrutar en su avanzada edad de todas las comodidades razonables que el actual estado de la sociedad permite; y los jóvenes y personas de mediana edad se regocijarán de andar por el mismo camino, y en el hecho de que no fueran educados para despilfarrar su dinero, tiempo y salud en la pereza y la interperancia. Estas y otras muchas reflexiones similares serían inevitables en sus mentes; y aquellos que pudiesen mirar con segura confianza hacia aquella previsible comodidad e independencia, gozarán anticipadamente de sus ventajas. En suma, cuando se considera atinadamente este aspecto de la institución, se verá que es sumamente importante para la comunidad y para los propietarios; y lo que es más aún, sus amplios y buenos efectos se dejarán sentir en tal variedad de formas, que el describirlos aunque fuera someramente parecerá una exageración extravagante. El hecho de que la humanidad está aún ignorante de su práctica y de los principios en que ésta descansa, no le resta veracidad a sus resultados.

Estos son, pues, los planes que están en progreso o medianté los cuales se intenta promover el adelantamiento de los habitantes de Nueva Lanark. Parten, uniformemente, de los principios desarrollados mediante estos *Ensayos*, aunque están luego limitados en la práctica debido a los sentimientos locales, a las ideas que se sostienen sin base en la comunidad o en la vecindad, y a las circunstancias peculiares del establecimiento.

Los errores que existían en el país fueron siempre tomados en consideración en relación con todas las medidas introducidas en el lugar en cuestión, para conseguir la comodidad y la felicidad del hombre; y como el establecimiento pertenecía a partidos de diversos puntos de vista, también se hizo necesario ingeniar los medios para crear ganancias pecuniarias derivadas de cada mejora, suficientes para satisfacer el espíritu del comercio.

Por lo tanto, todo lo que se ha hecho en bien de la felicidad de esa comunidad, habitada por dos o tres mil individuos, está muy por debajo de lo que se hubiera logrado muy fácilmente en la práctica, si la humanidad no hubiese sido educada en el error. Así que, al proyectar estos planes, la consideración única no fué cuáles eran las medidas dictadas por estos principios que producirían la mayor felicidad para el hombre, sino más bien, qué podía lograrse

en la práctica bajos los actuales sistemas irracionales que rodeaban estos procedimientos.

A pesar de lo imperfecto que puedan todavía ser dichos procedimientos, debido a las formidables obstrucciones enumeradas, se verá, tras una completa y minuciosa investigación por parte de mentalidades capaces de comprender dicho sistema, que combinan un mayor grado de bienestar sustancial para los individuos empleados en la manufactura y ganancia pecuniaria de parte de los propietarios, en grado mayor que lo que se ha podido obtener hasta ahora.

¿Pero ante quién se pueden someter dichas medidas? No al carácter meramente comercial, para quien abandonar el camino de la ganancia individual inmediata equivaldría a dar muestras de una imaginación desordenada, ya que los hijos del comercio han sido enseñados a dirigir todas sus facultades hacia el comprar barato y vender caro; como consecuencia, los que son más expertos y exitosos en este sabio y noble arte son, en el mundo del comercio, considerados poseedores de una previsión y unos logros superiores, mientras que el intento de mejorar los hábitos e incrementar la comodidad de sus empleados se considera cosa de locos entusiastas.

Tampoco deberán ser sometidas a los meros profesionales de la ley, ya que estos están por necesidad entrenados a tratar de hacer que el mal parezca bien, o envolver las cosas en una trama de enredos, legalizando la injusticia. Ni tampoco a los meros líderes políticos o a sus seguidores; que las tramoyas de partido los conturba, desvían su buen juicio y a menudo les obligan a sacrificar el bienestar de la comunidad y el suyo propio en aras de un interés aparente, pero muy equivocado.

No los someteremos a los llamados héroes y conquistadores, ni a sus prosélitos, ya que han acostumbrado su mente a creer que es un glorioso deber infligir miseria humana y cometer asesinatos militares. Tampoco lo presentaremos a los que parecen estar a la moda y tener apariencia espléndida, ya que desde la infancia se les enseñó a engañar y ser engañados, a tomar por substancia lo que sólo es sombra, a vivir una vida de insinceridad, y en consecuencia, de descontento y miseria.

Se sigue por lo tanto, que esos principios y los sistemas que de ellos se desprenden en la práctica, no deberán ser sometidos al juicio de aquellos que han sido entrenados y continúan bajo cualquiera de aquellas infelices combinaciones de circunstancias. Pero sí deberán ser sometidas al paciente examen y decisión por parte de aquellos individuos de todo rango, denominación y clase social, que se hayan vuelto de algún modo conscientes de los errores en que viven; que han sentido la densa obscuridad mental que les rodea; que arden en deseos de descubrir y seguir la verdad dondequiera que les conduzca; que pueden percibir la conexión inseparable que existe entre lo individual y lo general, entre el bien privado y el bien público.

Volvemos a insistir en lo antes dicho, que estos principios, así combinados, probarán ser ciertos sin falla frente al ataque más insidioso o directo, y que dentro de poco, debido a su verdad irresistible, se extenderán por la sociedad de un confín a otro de la tierra; "el silencio no retardará su progreso y la oposición dará mayor celeridad a su movimiento". Una vez hayan disipado en cierto grado, como la harán rápidamente, la espesa tiniebla en que ha estado y aún está envuelta la mente humana, las ilimitadas consecuencias beneficiosas que han de seguir a la introducción general que en la práctica se haga de los mismos, podrán ser explicadas con mayor detalle, y las mentes a las que se ofrezcan le parecerán menos cuestionables. Por lo pronto procederemos a esbozar en el cuarto ensayo aquel adelantamiento de la presente condición de la población británica que pueda ponerse en práctica.

704

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
DIVISION DE IMPRESOS
1961